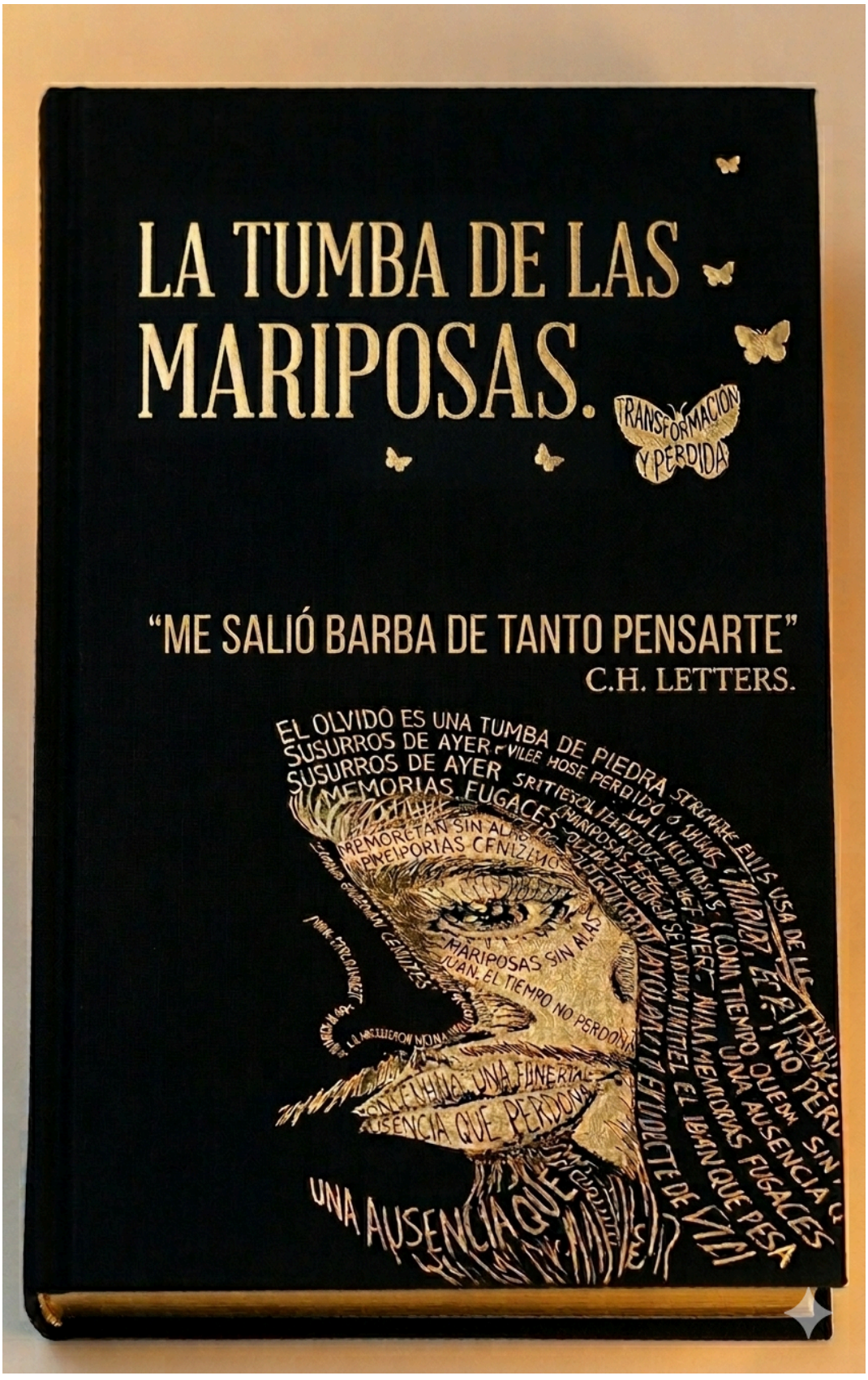
LA TUMBA DE LAS MARIPOSAS.
TRANSFORMACION Y PERDIDA
"ME SALIÓ BARBA DE TANTO PENSARTE"
C.H. LETTERS.
EL OLVIDO ES UNA TUMBA DE PIEDRA
SUSURROS DE AYER
SUSURROS DE AYER
MEMORIAS FUGACES
MARIPOSAS SIN ALAS
JUAN, EL TIEMPO NO PERDONA
UNA AUSENCIA QUE PESA
UNA AUSENCIA QUE

“LA TUMBA DE LAS MARIPOSAS”

MEMORIAS
PRIMERA PARTE
Autor: Camilo Huertas.

Introducción

¿A qué le llamamos fin? y ¿cómo afrontamos estos desenlaces algunas veces deseados, otras veces desafortunados?. Ni siquiera las mentes más brillantes han podido lidiar con este factor de inevitabilidad que constituye el esqueleto principal de la vida como la conocemos, el destino y los designios, no son más que las consecuencias de la secuencia de pasos errados u acertados en los que nos vemos inmersos. Aceptar la vida como nos viene, parece ser el mayor problema de muchos al poner el primer pie fuera de la cama; tocar el piso y pisar con firmeza, resulta ser toda una hazaña y una odisea a su vez. Porque cuando el cuerpo no quiere existir, las piernas y los brazos, el cuerpo en general; se convierte en un saco pesado de lamentos y paradigmas que someten la mente y aplacan las ganas de vivir.

La ciencia trata de explicar lo que la religión decide dejar en las manos de Dios: ¨La Voluntad Divina¨. Pero al final, nadie escapa del caprichoso y basto universo entrópico, en su ADN yace la incertidumbre pura; la misma incertidumbre que somete a cada uno de los protagonistas de esta narrativa. Amalgamas de complejos, miedos y traumas entre seres perfectos, puntos negros entre millones de puntos blancos; seres únicos con una suerte de mierda en el más propicio de los escenarios: ¨Bogotá¨.

Los edificios de la ¨Nevera¨ y sus alrededores, los parques, los paisajes, las calles adornadas de miseria, prostitutas y patas de baretos son el contexto perfecto para las desafortunadas historias que se van a desarrollar a continuación, las avalanchas de emociones y las interpretaciones que el lector pueda experimentar son incuantificables; ya que en el fondo cada uno somos ellos, porque aunque somos únicos, jamás dejaremos de ser humanos y eso es lo que nos une; a través del arte, las letras, la música, el sexo, el sufrimiento etc..

“La vida es dolor y sufrimiento, maldecimos
al mundo y él nos maldice, pero encontramos
fuerzas para vivir”

Hayao M. [Película](1997).La Princesa Mononoke. Studio Ghibli.

CAPÍTULO I

ORGULLO

En un apartamento pequeño sobre una de las principales vías de las 3 localidades más grandes de la romántica ciudad de Bogotá vivía Juan. Bogotá, hermosa ciudad caracterizada por su arquitectura emblemática e histórica, y por atraer masivamente curiosos que se atrevían a hurgar entre los historias apócrifas que no hacían parte de las guías de turismo y que las estrechas y coloridas calles del país cafetero escondían; curiosos guiados solo con el ánimo de querer salir con vida y contar al mundo de forma heroica sus cuentos urbanos.

Para infortunio de aquellos locos, la curiosidad en Bogotá es castigada con creces e intereses, una cuestión de vida o muerte. Los que no lograban sobrevivir al bazuco y su cordura se perdía entre los vicios; perecían agónicamente sobre los suelos capitalinos, condenados a deambular hasta encontrar un rincón donde morir entre la pestilencia y la soledad. Y aquellos que lograban sobrevivir, pasaban años entre insomnios y delirios, abandonados por haber perdido todo mientras aventuraban con fuerzas más allá de su comprensión y con la boca como cocida, agotada de tanto hablar solos, frustrados por no poder expresar todo lo que sus escépticos ojos tuvieron que ver en sus años de expiación y perdición.

La vanidad del mundo cega a las miradas de los corazones vacíos y Juan tuvo que vivirlo para darse cuenta que su viejo no le mintió con sus advertencias y consejos, tuvo que perder hasta el orgullo y reprimirse por casi dos años entre ruinas de recuerdos convertidos en escombros, que reposaban el uno sobre el otro y hacían mella en lo difícil que era para Juan ¨vivir sin ella¨ porque después de tantos desaciertos, sin sus camaradas, apartado de su familia. Era el único placebo que le daba paz.

-Hijo mío, ¨la vida es un baile y el que la baila es un loco, no le pida más a la vida de lo que usted mismo merece y piense siempre en usted¨. Tres valiosos consejos en uno que Juan recordaría para siempre y que acostumbraba repetir ebrio de la rasca y hediondo al olor de cien cajas de cigarrillos José, un man forjado en el campo como los cultivos de café, criado con arroz, guarapo, tabaco y amor al trabajo. Era un ¨burro para el camello¨ el ¨mejor capataz de todo el pueblo¨; así le repetían a Juan todos los que lo conocían y que le vieron crecer durante el tiempo en que vivió junto a su padre, pues el hombre sabía de trapiches y de números; y aunque no había terminado la primaria, dirigía el más grande trapiche de un pequeño pueblo que estaba ubicado a dos horas de la capital, entre curvas peligrosas y montañas con aspecto de rostros de gigantes dormidos esperando despertar un día para hacer justicia por lo que la civilización humana le hizo a sus tierras y a sus paisajes.

El joven hombre de 1,72 de estatura, con ojos achinados y cabello negro como el color del vacío que colorea al cielo en la cúspide de las madrugadas, lucía ahora como todo un ermitaño, antipático y soberbio pero a su vez, consciente y bondadoso. Sus padres y su única hermana de manera desafortunada y trágica habían fallecido progresivamente los últimos años y sólo contaba con unos cuántos familiares esparcidos en la inmensidad del mundo; y con los cuales, no recordaba haber tenido más contacto que las menciones efímeras que en sus historias su madre Victoria contaba a él y a su hermana cuando eran pequeños. Era imposible imaginar que alguien habitase dentro de tan pequeño interior a punto de estallar por tantos recuerdos afilados como cajas imaginarias que se salían por las ventanas, ventanas cuyo deterioro no era sino menos por el exceso de su uso y la inhabilidad de Juan de percibir importancia alguna por estos detalles. La falta de atención que el reflejo de la tristeza e impotencia que la partida de los suyos le producía era evidente: la madera de la ventana deteriorada por las termitas y la humedad, la penca de sábila que su madre Victoria le había obsequiado para la prosperidad, agonizaba por falta de agua y supuraba de su interior un contenido putrefacto, la nevera vacía y el café claro, los cigarros a medio fumar y el gasto excesivo en licor y en marihuana... etc. La antítesis de la virtud del doliente en proceso de transición, se complementaba aún más por la estocada final que para Juan significaba la ausencia de lo que había sido la compañía más noble y sincera entre diluvios de problemas e inseguridades que osaron definir el amor como un hijo bastardo del placer, los celos y el rencor. Liz, su gran amor.

La transición se postergaba cada que su desatención por su misma existencia aumentaba con el transcurrir del tiempo entre la soledad. ¿Es distinto el tiempo si estamos solos o acompañados? ¿Hay valor en asumir la soledad o debería ser un deber implícito del ser, cómo respirar o comer? El tiempo sin algo que consuele su acelerado paso, es tortuoso; por eso necesitamos la pasion hacia algo o alguien, para sobrevivir a la trémula voz de la razón que nos latiga con la certeza de nuestra finitud y la de todo lo que amamos u obsesione. Juan se las había ingeniado para hacer de dicha mazmorra, antes llamada hogar; un espacio de soledad inerte, adornado cual museo tétrico, con una exposición irónica de los retratos y remembranzas más hermosas y gratificantes de su vida hasta aquellos amuletos y recuerdos a los que se había aferrado, como un viajero que espera el próximo bus, una hora después del último servicio. El viejo cuadro con el mar de Coveñas a nuestras espaldas, un pintoresco azul turquesa que se entremezclaba en el horizonte con un cielo entre azul y rojizo y en la esquina, un amarillo intenso del sol que se desvanecía en todo el punto de fuga de la bella panorámica que curiosamente pintaba la bandera de Colombia. El viejo cuadro cuyo marco carcomido por las termitas, colgaba milagrosamente en una puntilla oxidada; el viejo cuadro, el borde de la ventana con las colillas de cigarro y cannabis sin limpiar, ¿Cuando pensaba deshacerse de la ropa interior de Liz? Tangas, bragas y algunos brasieres que aún olían a su fino sexo y que podía percibir a metros del viejo armario y por eso dormía en la sala, ¿El vaso del café lo habría lavado en meses?, el desabrido café claro y las cartas en la basura, el vestido de plumas del bautizo de Angie colgado en el clóset, el poema de Borges que había reescrito con un con un texto propio llamado “La indiferencia”, el poema que nunca tuvo quién lo leyera, una carta sin destinatario porque al cielo estoy seguro que no va el correo. Y

así, era toda una exposición del hombre en convivencia con su follaje al desnudo, el hombre sin máscaras, el cobarde dentro del valiente, la piel sin ropa.

¿Puede alguien olvidarse de que está vivo y, aun así, vivir? Poetas vestidos de uniforme o filántropos sin títulos; ladrones de corazones o asesinos de palabra, o un desdichado por amor —no porque no lo haya conocido, sino porque la dejó montar en el avión del olvido—. Quienes se arraigan al apego hacía algo tan fugaz como las estructuras conscientes de carbono, o algo tan manipulable como los recuerdos, parecen estar sujetos a una existencia que deje huellas; los vuelve psicópatas o artistas. Es entre la locura que nos preguntamos: ¿hasta qué punto puede alguien continuar viviendo sin ser egoísta al no brindarle un siglo de luto a la mujer que le dio la vida, al amor de su vida que le traicionó, al amigo que falleció o al enemigo que le hirió? ¿No lo merecen?

Dicho esto, Juan tenía todo el derecho de encerrarse en un laberinto de debates tan estrictos en su análisis como redundantes en sus conclusiones. Juan vivía para cuestionarse, pero adentro se consumía; no había terminado de aceptar que nunca tuvo tiempo para leerle a su madre y a su padre el poema de Borges y decirles: “No he sido feliz”. Nunca pudo decirle a Angie cuánto la amaba, ni jugar el último partido descalzos en la andrajosa cancha del barrio con Johan y los Street. Y ahora, debía enfrentar el desprendimiento del amor ajeno.

Los últimos meses Juan había descuidado su relación con Liz. No estaba sorprendido por la despedida repentina de su compañera sentimental, aunque le doliera. En la obsesión por intentar encajar en esa película de Almodóvar, había engendrado dos vidas paralelas a base de mentiras y apariencias. Una de las cuales se avergonzaba de sus orígenes, de sus excesos, y miraba de lejos en la cima de un aclimatado confort superficial y momentáneo mientras estuviera con ella; y la otra aplaudía su astucia y reclamaba con celeridad un equilibrio social. Mientras tanto, entre putas, orgías y riñas callejeras por “qué me miró el uno o el otro”, “se metió con el pelo” o “se metieron a la zona a vender la línea”, buscaba con prisa el tren hacia dos únicas paradas: la cárcel o la muerte.

Como bestias se peleaban en su inconsciente dos facetas paralelas que fingían entender la naturaleza críptica de Juan. Así, un mes atrás, en medio de una etapa de crisis económicas y fracasos de negocios, motivado por el consejo de su amigo a quien apodaban “Reyes” en el mundo bajo, en medio de una farra y sin consultar con Liz, había decidido abandonarlo todo. Decidió ser un instrumento de la delincuencia, ser “el alma de la fiesta”, “el del químico”. Paradójicamente, todo lo contrario a lo que aquel inocente niño de 11 años había plasmado en el mejor proyecto de vida de la clase 701 del colegio campestre en que había sido becado.

Pese a la estrategia y sus habilidades para relacionarse, junto a las precauciones que había pensado para no levantar sospechas, temía que por su decisión algo le llegara a pasar a Liz, “su joya más preciada”; ya que era muy común que cuando “las vueltas se caían” en el mundo de los jíbaros, las mujeres y los hijos llevaran siempre la peor parte. Por eso, decidió liberarse de la carga pesada y, en un juramento banal en una noche fría, como hacen los juramentos los bohemios, prometió entre lágrimas no olvidar sus besos y nunca más

permitirse volver a escuchar la melodiosa voz de la dama que por su cuerpo era toda una mujer, pero que solo había visto pasar 18 primaveras desde su concepción y llegada al mundo.

Es mentira lo que dicen los filósofos; eso de que se puede madurar hasta el punto en que puedes un día dejar ir y desear a ese amante al que amaste por encima del deseo carnal y los caprichos de la adolescencia, que sea feliz con otra persona. ¿Cómo olvidas a alguien que amaste de verdad? ¿Cómo es amar de verdad? Amar debe ser algo más que arropar a alguien con tus celos y recordarla solo por el sabor de sus fluidos. Para Juan, el verdadero amor rayaba hasta el punto en que la cordura llama a lugar a la obsesión y la compasión. Recordaba cómo la apetecía cual lobo hambriento: el sonido de su pudor quebrándose por ceder ante el desdén de su erotismo femenino, entre eternas noches de pasión y madrugadas de llantos y sudores. Recordaba los amaneceres entre el calor del amor y del cuerpo; los almuerzos esporádicos; las desveladas siempre acompañadas de la mejor vigía: su compañía. Era tan obsesivo como compasivo porque, aparte de recordar el coqueteo baile de su cabello cuando se entregaba a él cubierta solo por la pasión, en momentos de locura deseaba que bailara tan bien ante otro que, como Juan, nunca pagó boleta para presenciar su sonrisa al desnudo; solo porque eso la hiciera feliz.

Según Francisco J. Zárate “La mente es un río impredecible, capaz de calmarte con su corriente o arrastrarte a remolinos profundos. Puede llevarte a un paisaje sereno donde todo parece posible, o hundirte en las sombras de su propio cauce. Es un flujo constante que no siempre puedes controlar, pero que puedes aprender a navegar. Si dejas que te domine, te perderás en sus turbulencias; si lo entiendes, descubrirás que incluso las aguas más agitadas pueden guiarte a un lugar de calma. Todo está en cómo eliges remar.” Y Juan para nada se movía con destreza en el mar, no le habían enseñado a nadar, no sabía remar, ni navegar, ni surfear, etc. Las olas siempre lo movieron de aquí para allá porque se apasionaba al punto de ignorar la realidad, esa entropía imposible de anticipar junto con una clara desatención a las leyes de la vida, un espíritu más que valiente, suicida; era el resultado de una crianza brutal y amor a medias, sin lujos, a veces sin siquiera lo necesario, esclavo de agradecimientos, víctima, testigo y cómplice de la maldad.

La negación había empujado a Juan a secuestrar un viejo armario de ropa con prendas íntimas de ella en su interior, cubiertas de polvo y selladas por una banda imaginaria que tenía marcada en mayúsculas y con un color rojo intenso la palabra: “PELIGRO”. El único vínculo que, aun después de su última conversación, la mantenía junto a él. Solo que ahora, y desde ese día, su aroma no era a miel sino a azufre, y su sonrisa era un gesto de lástima y culpa que dejaba escurrir lágrimas de sus miopes ojos, empañando sus cuadradas gafas:

—¡Se acabó! Te amo, pero... Pero deseo viajar, conocer, vivir; no sobrevivir —dijo ella, mirando a Juan como quien mira a un desahuciado ingresar a la sala de cuidados intensivos.

La frase lo dejó perplejo, mientras ella se alejaba. El aire se puso más frío. Las hojas transeúntes en el viento pasaban como meteoritos cubriendo su figura, desvaneciéndola de él

para recrearla en el regazo de otro. Al llegar a la casa, habiéndose paseado por el sector de zona franca de la localidad, fumando incansablemente de una pipa que ya no tenía ni hachís y un cigarro que había prendido y apagado tantas veces como las que se había quemado las yemas de los dedos succionando... ¿Quién sabe qué? Porque en la pipa ya no había nada. Tomó un lápiz y escribió:

Nota / 28 / 11 / 2021.

Arde la piel cuando los rayos del sol se reflejan en ella sin disfraz, pero no tanto como cuando en su burdo lenguaje me dijo:
“Sé feliz, vas a tener mucho dinero, joven Odiseo”.

Días después de la noche de la despedida de Liz, el impecable apartamento que Juan acostumbraba a mantener excesivamente limpio y que olía a canela con fresas, parecía un basurero y se tenía que recorrer como si de un campo minado se tratase, puesto que los restos de botellas quebradas y esparcidos obstruían el paso estratégicamente para no recibir visitas y las paredes tenían firmas hechas por sus nudillos ensangrentados, producto del suplicio y la ira de un reprimido narcisista que pensaba que en los tratos con la vida, se pueden exigir garantías a favor.

De pequeño siempre buscó resaltar; sabía que, entre la precariedad de su estirpe, debía resaltar, tenía que contradecir la sarcástica condición física que la selección natural le había dado y el hostil ambiente en que vivía, sobre todo cuando don José bebía de más. Al viejo lo veían ebrio de la rasca bajar en su cicla por la pendiente principal del pueblo que bajaba al barrio “Los Milagros” y ni un rasguño. Al menos eso pensaba; después pudo enterarse de que en varias ocasiones lo vieron caer como costal de papa y esparcir quejidos de dolor; en otras ocasiones llegaba herido de alguna parte del rostro, manchado de sangre y jurando venganza. Nunca culminó ninguna, pero sí se desquitaba con la pobre Victoria y sus polluelos: Juan y sus hermanos. La doña encontró la manera de no dejarse influenciar por el desquiciado estado mental de don José, hasta cuando decidió apretarse las naguas y resignarse a que la llamara “puta”, “puta”, “sos la puta”. Cuanto más le gritaran, entre la sonrisa hipócrita, “puta”, “puta”, Victoria evadía sin ningún reclamo. Aceptaba el saludo falso, el trabajo por lástima o el juicio sin valor: “la puta tenía cinco bocas por alimentar”.

Habían transcurrido dos semanas y Juan había pasado de la abnegación a la decadencia. Le había salido barba de tanto pensarla. De tanto llorarla, sus lagrimales, cual dunas en un desierto, inflamados de tanto llorar. Se estaba volviendo loco. Lucía seco y pálido, deshidratado de tanto llorar y beber. Pese a su estado, eso no lo detuvo para contactar a Reyes y planear con el “Pri” la recogida de unas libras que debía entregar a su compañero en Santa Ana: la grasa para distribuir en el festivo, 200 moños y 300 chuspas. Había dormido poco por no pegar el ojo, mientras bebía y olía, fumaba, bebía... A veces leía, fumaba, escribía, lloraba y escribía, a su vez que preparaba la logística de su primera travesía. Para el viernes en la noche ya tenía todo listo: las valijas empacadas con la mercancía, el libro de turno, quizás un

“Coronel no tiene quien le escriba” o “El arte de la guerra”, las pintas... etc. Todo, a excepción de la pólvora; allá la compraría para celebrar justo después de coronar.

Llegado el día, Juan despertó temprano para ejercitarse, pero primero se sentó en el marco de la ventana y sintió un rechinar que prendió las alarmas y rápidamente le hizo lanzar de prisa los brazos para sostener el cuerpo que se iba con un pedazo de madera que cedía, vencido por el peso de Juan y el deterioro producto de la humedad. Ya con los poderes encima, prendió el bafle rojo con su característica maña en el botón de encendido, porque estaba averiado. La playlist era un preludio de un descargue emocional necesario para descargar los nervios y el “azare”. Era fija la participación de Calle 13, Mago de Oz y las cumbias del narco, todo lo que le diera valor para conducirse con sigilo hasta el municipio donde debía darle de comer a los pollitos que esperaban su “Purina”. Procedió a bañarse con delicadeza. Se había motilado, afeitado y había decidido salir a escuchar las chicharras cantar como las escuchaba de pequeño cuando la noche comenzaba a pintar el cielo del lumbre particular del anochecer. Hace mucho no escuchaba chirriar los invisibles animales que nunca vio, pero que siempre escuchó. Antes de salir, desde que se levantó, siempre tuvo en la mente ese particular sonido: “Chirrrrrrrrrrriirrr”, tonos agudos sobre tonos agudos, como el de la ventana rompiéndose o el sonido de la vieja puerta que siempre lo delataba con los vecinos gatos de los tejados, cuando las piernas lo llevaban ebrio en la madrugada, jalando el resto de su cuerpo y lo tiraban, sin piedad sobre el suelo de la sala al cerrar la puerta. “Chriiiiirrrrrrriiiii” volvió a sonar la puerta, despidiéndose de Juan.

El día había comenzado frío, con un tinte de presagio inoportuno. Brisaba de lado a lado lluvia y polvo de la eterna construcción de la glorieta elevada del “Metro de Bogotá”, sobre la Avenida Cali con Américas, que llevaba eones en procesos de contratación. La construcción arrojaba de calle a calle polvo camuflado en el viento, como latigazos de este a oeste. Juan posó su mirada hacia la estación Tv. 91 del Colectivo Distrital. La brisa pasó a ser un goteo que apenas si era una pequeña porción del aguacero que se avecinaba desde los cerros orientales hacia el centro occidente de la ciudad. No hay tormenta que frene lo inevitable. Por eso Juan no prestó mucha atención al clima, cerró la cremallera de su chaqueta y se persignó. Como todos en momentos, cerraba los ojos para que algún mugre no se colara entre los párpados, por esa vieja costumbre de olvidar comprar la sombrilla.

Al ingresar a la estación, se dirigió al segundo vagón donde paraba el K43, apretujado logró ingresar mientras el bus andaba, en un jale que jale, trocha tras trocha retaba la estabilidad de los mismos tornillos del engranaje, que solo vibraban con cada hueco que se superaba en el camino. Yo miraba, como de costumbre, por la ventana; veía paralelamente a la dirección del bus, sin rumbo, como tirar comida a un estómago que nunca se llena. Solo veía pasar y me detenía en cada figura, cada escenario, cada casa, edificio, trabajadora sexual, etc... Pero, particularmente, siempre encontraba algún habitante de calle cansado de estirar la mano, cagando o meando sin pudor alguno. Decía yo: “Mis ojos ven entre cuadras solo putas y locos, pero nunca un millón tirado sobre la mitad de la avenida”. En medio del trancón seguí observando al hombre, quien parecía desconcertado. Caminaba con torpeza, siendo evadido por todo el que le cruzara, como un intocable; estiraba una mano y con la otra sostenía un

costal que arrastraba a la par de sus mugrientos pies y solo reía. Vi sus ojos blancos y la baba seca escurrir de su labio e imaginé su voz; le seguí con la mirada, porque desde la ventana parecía ser yo quien le sostenía la mano, gritándole con mis curiosos ojos: ¡No la bajes, hijo de perra! Que la indiferencia no te aparte de tu miseria; la miseria se vive y esa mano no la has de bajar, mientras puedas reír y arrastrarte hacia donde te hale el siniestro imán de tu locura. En cuánto avanzó el colectivo, se detuvo y exclamó una carcajada inclinando el cuerpo hacia el cielo y doblándose, retorciéndose a carcajadas bajo el sol, en medio del andén con la misma mano estirada y la otra sosteniendo el costal. El bus volteó por la Avenida Caracas, que tenía un solo carril habilitado en sentido sur-norte. Se sentía un calor sofocante, llevaba un buso negro y una chaqueta gruesa del mismo tono. La multitud me había ubicado en un pequeño rincón entre las puertas, me sostenía con fuerza para no salir disparado por los continuos frenazos repentinos que debía ejecutar el conductor, pues era muy común que algún indigente se tomara la calzada o un inconsciente transeúnte saltara para atravesar las vías, porque las aceras son la ley que más se quebranta en la ciudad. Si la gente pudiera volar en vez de andar, hasta en los cielos habría conflictos en la vía; pues es más fácil pitar que pedir permiso o esperar. Apretujado, un rayo de sol se había colado por la abertura de la claraboya del bus que caía justo en mi espalda, mojándome de un sudor frío desesperante. El tumulto no dejaba acomodarme y comenzaba a sentir ese particular repudio a la cultura-ciudad de la capital: nadie se inmuta, todos pisan y empujan y al abrir las puertas, embestidas semejantes a las de los enfurecidos toros en las festividades de San Fermín en Pamplona. ¿Qué más podía hacer? Era yo un bosquejo pasado de aquel vago y mi miseria no era menos que la suya, al menos él andaba libre y si alzaba el rostro le saludaba el cielo. Yo debía arrastrar mi costal apeñuscado entre esas latas con ruedas y mantenerme aferrado del pasamanos como aquel indigente del mendicismo; y como él, cuando no avanzaba, levantaba mi rostro hacia el techo, implorando a aquel enjambre: lógica y civismo. El bus aún no llegaba a la estación de mi destino y en las paradas que le antecedieron se subieron al menos dos vendedores ambulantes y un mendigo: Uno vendía bombones, otro bolsas de basura, ambos narrando su desafortunada suerte al ser inmigrantes de un vecino país y estar totalmente solos o con hijos y sin nada, intentando sobrevivir. El mendigo, por otro lado, vendía lástima hasta en la nube de hediondez que le cubría y se había limitado a cuestionar con enfado la empatía del conjunto de pasajeros, al negarle un peso siendo colombiano. Pese a que el acto era lo suficientemente altruista para mi gusto, cedía casi siempre que tuviera y evaluara intuitivamente al peticionario y corroborara sus ganas por seguir remando, la voluntad de trabajar por miserias de monedas y millones de desprecios. Aunque eso me parecía intentar ocultar el sol con un dedo, igual trataba de donar mis céntimos cada vez que podía. ¿Si no, quién lo haría? Si la gran mayoría viven indignados entre su comodidad porque el estado no garantiza el mínimo estilo de vida, pero ahuyentan con insultos y desprecio al desafortunado. ¿Qué si se enriquecen? ¿Y? No me importaba que tuvieran dinero, eso no me molestaba como sí a las demás personas; me molestaba que no tuvieran el mínimo confort, me molestaba el hambre, la desigualdad, la miseria. Pero nunca el acto de pertenecer a la vida y de merecerla, de abrir el hocico y respirar al viento con todo y polvo, sin que las tripas se coman entre sí por el hambre y los pies se venzan en cada parpadeo. Porque solo de pan no vive el hombre, y menos cuando el hombre come mierda en vez de

pan. Sin embargo, el acto de pedir por necesidad y ser ignorado corroe la mente, el exceso de humillación gesta un sentimiento de odio y encoleriza hasta el más noble

Es peculiar la manera en que el cerebro, en cierta etapa de su madurez, contradice cada sugerencia que el subconsciente consciente expresa con respecto a su original manera de diseñar nuestras vidas, con esa preferencia al sabor del estiércol y al sufrimiento. Juan no fue la excepción de esta ley universal: lloraba en silencio, a veces mientras sonreía y veía con detenimiento las hambrientas palomas semimutiladas y deformes del parque Santander, vecino del Museo del Oro. Sobre las huellas en el asfalto de las patas amputadas de esas aves, en el marco de la ventana, caían las cenizas de los prematuros cigarros a medio consumir, intentando cubrir las lágrimas; lloraba, maldecía recordarla, porque se sentía como punzones y retorcijones desde lo profundo del pecho, como si le estuviera escurriendo la nobleza y la ternura igual que un trapo viejo, sin delicadeza, solo esperando que se quiebre y deshilache más para tirarlo al bote de basura.

CAPÍTULO II

LUXURY

“Erase una vez un sapo que nunca pudo convertirse en príncipe, un desamparado que morando entre pantanos y lagos, anhelaba su princesa. Un afligido tal como aquel Montesco enamorado de una Capuleto; solo que a su amor no se interpuso una gresca familiar que con cada generación paria más odio, sino una cuestión de estratos Morales: ella pertenecía al cielo y él, al infierno”

Juan, tenía la lujuriosa costumbre de enamorarse cada que pasaba una esquina o cruzaba una cuadra. Era inevitable no encontrar a su paso una bella musa que cautivara su sexo y de repente dejarla ir, a esperas de la siguiente doncella que robara su atención. Pero ese día, ese particular día de sol nublado, ese 28 de enero del 2019, en la panadería más antigua de la esquina ubicada en el suroccidente de la ciudad capitalina; por primera vez entendería a Apolo y la pasión obsesiva que solo una figura femenina puede provocar. Hipnotizados quedaron sus ojos por su castaño cabello, indeciso entre el marrón oscuro que por genética había heredado y el tono rubio que como tímidos hilos de oro danzantes se colaban en el reflejo de la luz del sol, para iluminar cual antorcha su simétrico rostro; a su vez que resaltaba el refinado matiz de su piel, y sus ojos brillantes y claros como las aguas cristalinas de un oasis en medio del desierto.

“Doña María”, así se llamaba el comercio que tenía a su servicio la personificación de la reina de Ítaca en este siglo. La dueña se llamaba María , era una anciana amargada que cojeaba y pujaba al caminar como las viejas mulas agonizantes que ya no soportan su triste vida de cautiverio y trajín; ignoraba el sacrilegio que cometía o quizás reconocía temerosa la majestuosa belleza que adornaba a la linda y afortunada joven, a quién la vida generosamente había otorgado los atributos físicos que carecía la adinerada señora de 56 años. Según estudios psicológicos, los traumas y las inseguridades tienen botones de respuesta automáticas para aquellos escenarios o personas que representen afinadamente aquello que anhelan; depronto esa fuera la razón por la cúal doña María hablaba con improperios y desprecio al dirigirse a Liz, pagaba poco y exigía unos ritmos de trabajo absurdos, con periodos muy cortos de descanso.

No había terminado de apreciar el suculento sabor de ese primer encuentro, cuando su voluntad yacía postrada a los pies de Liz y convencía a Juan, como las sirenas con su canto a los navegantes; de naufragar entre las aguas más turbias, siempre y cuando lo guiará la dulce melodía que emitía el sonido de sus labios. Así cómo Van Gogh obsequió a su amada su oreja

bañada en sangre; él arrancaría su corazón ese día cómo en los rituales ancestrales Aztecas y lo entregaría como ofrenda al destino por haberle permitido encontrar a su helena, o a ella encontrarlo a él. ¿Cómo hace un perdido para encontrarse si la brújula que lo guía lo conduce hacía el centro del laberinto y no hacía la salida? ¿Cómo hace si aparte pierde el juicio por sus impostores besos carmesí y ese aroma a miel que exudaba su piel?- Se preguntaba Juan, mientras intentaba acomodar las letras en su boca para engranar las palabras correctas y no abrir su primera conversación con un pobre y mundano diálogo.

¿Cómo te llamas?- Preguntó Juan, con la esperanza de que la hermosa mesera interpretara el brillo ardiente de sus ojos, y respondiera con la complicidad de dos amantes cuyas almas han sido dos imanes inseparables divagando entre el tiempo y el espacio, destinadas a nacer y morir juntas.

-¿Vas a llevar algo más?- Respondió con seriedad.

- Te entiendo, yo también andaría de mal humor si mi jefe fuese un trol- Exclamó Juan, sin darse cuenta que dicho pensamiento se había escapado de la jaula de su imprudente subconsciente.

De repente, del fondo del ruido incesante de los comensales conversando entre sí, los pitos exagerados de los carros en medio del excesivo tráfico de la metrópolis y los meseros comunicando los pedidos a grito herido; sobresalió una risilla enternecedora y coqueta. El comentario de Juan había provocado que la bóveda de los labios de Liz, no sólo dejaran ver su blanca dentadura acomodada cúal piezas de dominó de manera perfecta; sino también, al escucharla reír, permitirse enamorarse de todas las frecuencias divinas que emergían de su esbelto ser y que en forma de sonido viajaban por el viento para corromper la cordura del hombre que las escuchase. Liz era preciosa, tenía grandes pechos, figura atlética con piernas definidas y tonificadas, y de gran talla; su cintura era una ovación para la arquitectura del cuerpo humano. Pero lo que más amaría Juan, de las cien libras de piel y hueso que posaban en frente suyo mimetizada entre la plebe vestida de servidumbre; era la sinfonía que a través de armónicos acordes, le cantarían carcajadas, gemidos, gritos, cantos etc.

Es verdad que modificamos nuestros conceptos de vida generales, a medida que aumentamos nuestras relaciones interpersonales, específicamente en las relaciones amorosas, la nociva tendencia de idolatrar es más común de lo que parece. Sin embargo, Juan era incorruptible en ese sentido, tenía un resabio singular para el dulce de la realidad artificial, amaba el porno casero y los recuerdos que graba la nube de almacenamiento de la mejor cámara fotográfica: “El ojo humano”. Él Conocía tetas y traseros, cómo Victoria, canciones de Ana Gabriel; pensaba que la belleza física como las falsas amistades, no perduran con el pasar de los años; por eso, su sorpresa aumentaba al paso que la hermosa Liz espontáneamente hablaba de sus ideologías y su vida, en medio de la cena que aceptaría después de una ardua pero efectiva gestión de parte de Juan.Todo conspiró para que la linda chica fijara sus expectativas en el

despeinado y tatuado que ese primer día vestía de pijama y cargaba consigo un pequeño morral.

-Con razón es mala contigo, los trolls envidian a las princesas; por eso las raptan. Adicionó Juan, buscando algo de connivencia de su parte, usando como anzuelo el nefasto manejo del personal que caracterizaba el antiguo negocio.

-¿Y supongo que tú eres el príncipe que me va a rescatar?- Afirmó ella entre palabras bañadas con socarronería.

-Abandonad las esperanzas si entras aquí- Exclamó Juan, mirando fijamente los globos oculares de la dama, cuyo nombre seguía siendo un misterio.

Al escuchar esas palabras, las pupilas de Liz se dilataron instantáneamente, la expresión de su rostro y las palabras que mencionó cómo respuesta al enunciado de Juan, delataría a la apasionada intelectual que desafiaba los estereotipos y que siendo tan bella cómo las blancas gardenias en la primavera, desde pequeña tuvo una fascinación por el conocimiento y recibió menciones de honor desde el jardín, hasta la universidad. En su voz y sus puños, alojaba tanto coraje cómo pudor entre las piernas y había batallado en protestas por la defensa de los derechos de la mujer desde que su padre de pequeña, la había abandonado junto a su madre y ellas dos habían subsistido solas, Liz de 4 años y su madre de 25.

Liz era sapiosexual, prefería al hombre que hablara el lenguaje de la vida, por encima del de la vanidad; amaba el conocimiento y eso la desvestía, desnudaba su piel, y revelaba la naturaleza de su interior: “nebulosas colosales, auroras boreales pintando el oscuro infinito de su alma”. Aprendió a valerse por sí misma en un ambiente de desatención e incertidumbre en su hogar y entendió desde niña la crudeza del mundo, porque siempre la asediaron los buitres libidinosos y el peligro. Traer consigo la gracia de la belleza en un mundo de feos tiene un precio bastante alto; pero ella se las ingenió para afrontarlo, sobreviviendo a las muchas ocasiones en donde casi fue abusada y otras donde para su infortunio, sólo le restaba olvidar y arrancar con lija las huellas de esos imbéciles de su tez.

-La visión del infierno según Dante, me parece que raya en un concepto demasiado romántico, con una simbología religiosa que se queda corta con lo que para mí significa un verdadero castigo. Dijo Liz, rompiendo el silencio y añadió:

-Por cierto, me llamo Liz. Y sus gestos pintaron en el más delicado de los lienzos, una sonrisa de oreja a oreja.

Juan sintió un deja vu en ese preciso instante y vino a él la dicha de todas sus vidas pasadas. En el historial de encuentros infinitos en el mar de sucesos irrepetibles; ellos, sus frágiles partículas únicas entre el océano sin fin de probabilidades, de nuevo se juntaban. Era familiar escuchar su voz porque sólo moría la carne de sus oídos, pero su amor tenía por obligación trascender por los oscuros y recónditos rincones de todos los planos existenciales. Ni siquiera las magnetitas tienen tanta atracción como cuando las pieles se juntan y hablan entre sí, entre sutiles toques de energía y vibraciones del amor, por eso, cómo los ríos tienen por ley desembocar en los mares; Liz y Juan, tenían que amarse tanto que lo único que los separaría sería la muerte.

-¿Y cuál es tu visión del infierno?. Respondió Juan anonadado; pero a su vez se notaba el entusiasmo de un conversador empedernido, un ratón de biblioteca que no desgastaba sus ideas con mentes vacías; por eso, cuando se entregaba al debate, fluía con intensidad; palabra tras palabra, puesta con tal precisión y coherencia, que pareciera que en un plano de cuatro dimensiones o más, algún escritor embriagado escribiera enardecido las escenas de su obra maestra en alguna pocilga del centro de Bogotá.

-No hay nada peor que el recelo de estar perdido, no pertenecer a nada y vivir obsesionado por la búsqueda de sentido en sus patéticas vidas. Pienso que las almas que son arrancadas de este mundo con deudas en sus corazones, quienes mataron, violaron y mintieron; deberían vivir en ese limbo de la incertidumbre. Respondió ella, con suma seguridad y firmeza sin separar la mirada de su interlocutor.

Preso del estupor y la sospecha de que todo fuese alguna broma macabra orquestada por el padre tiempo y su desdichada suerte, Juan no pudo responder con palabras legibles al apunte de Liz. Pero sus ojos, los circulos de color avellana que se iluminaron como el brillo de mil lámparas incandecentes recíprocamente justo cuando ella terminó de recitar el elocuente fraseo; hablaron sino en el idioma preciso que excitaba a la hermosa joven, conversaron entre las líneas de los cimientos de la vida misma, sin reglas, sin lenguajes o signficados, más que lo que sus primitivos sentidos ordenaran a sus cuerpos en sincronía y sin premeditación, todo fruto de la espontaneidad, de lo inusual.

Liz interpretó ipso facto las señales a las que su madre de niña le decía que tenía que prestar demasiada atención para reconocer al hombre correcto, su príncipe azul. Tal como la madre de Angela Vicario en la icónica obra literaria de Gabo: “Crónica de una muerte anunciada” donde mencionaba que ¡También el amor se aprende!. Yenny, su madre; no resto esfuerzos en la causa de formar a Liz para que se enfrentara a la hostilidad del mundo moderno y sus condiciones; y sobre todo, para que no abandonara sus sueños por los falsos poetas que le comenzaron a colmar de elogios y atención a medida que el cuerpo de la joven se desarrollaba aceleradamente y sus atributos resaltaban entre las mujeres envejecidas y desgastadas por la edad.

-¡Niña!, ¿está trabajando o coqueteando?. Exclamó la señora Maria, refunfuñando a su vez, detrás del mostrador donde exhibía los añejados panes que preparaban de la recolecta de las sobras de harina diaria para economizar; dado que la dueña era tan miserable como pedante y su clientela: "balurdos y pobretones, trabajadores de la rusa, putas y extranjeros que sobrevivían del día a día y que no tenían tiempo para examinar el postre de larvas descompuestas que vendía la tacaña de doña María.

Juan tomó asiento mientras su amada se perdía entre los comensales y la labor del jornal. Poseído por salvajes olas de emociones desconocidas que lo sacudieron cuando divisó y escuchó a Liz por primera vez, tomó de su bolso su bolígrafo preferido y dejó que las letras se escribieran por sí solas en un viejo papel que arrancó de un cuaderno que alojaba arengas y poesías, cuentos y dibujos de todo aquello que se le ocurría y mereciera ser plasmado. Luego, terminó su café y sin despedirse, dejó la cuenta sobre la deteriorada mesa junto con la hoja que desprendió de su libreta y que accidentalmente había olvidado guardar, levantó su mano para despedirse de doña María y buscó con la mirada a Liz, y al no encontrar su figura en el recinto siguió caminando consternado por lo particular del encuentro, en dirección hacía la avenida que se interponía entre la multitud de autobuses, coches y motos, y el conjunto residencial en el que vivía.

Desde entonces, fueron más las noches que los días, noches de 1000 años y días de 5 minutos; la luz se ausentaba y Juan era consumido por el insomnio que le provocaba las rosadas mejillas de la casualidad mejor planeada por el destino, la mujer de ojos pequeños y lunares que dibujaban en su espalda la forma de la constelación de acuario. Era un debate constante, una duda inminente entre diálogos imaginarios desechados arrugados en el cesto de basura, ¿Qué palabras debían ser el epítome de su conquista?; ¿le pediría primero el número telefónico? ¿Qué estrategia usar? ¿Se vestiría de lo absurdo del romanticismo, con flores y girasoles? ¿Dedicaría "Cama y mesa" y muchas más canciones que no pensaba nunca dedicar?.

-Hermano le das muchas vueltas. Comentó Santiago, mientras Juan yacía perdido entre sus pensamientos, sentado en el sillón y mirando con los ojos cerrados hacia el techo.

-La hubieras visto, ¡marica, es que es hermosa! Y apareció de la nada, yo en pijama y ella en harapos; y de la nada, estábamos desnudos con ropa, y la sentí, sentí su energía y la vi a los ojos, a sus ojos color avellana. Dijo Juan emocionado.

-Es curioso verte con tal entusiasmo amigo, lo mejor que puedes hacer es invitarla a salir ¡lo más pronto posible!. Afirmó Santiago con contundencia.

Juan, asentando con la cabeza en un movimiento de arriba hacia abajo y el fruncir de su ceño, comenzó a elaborar el paso a paso del próximo acercamiento con Liz. Divagó entre tantos y tantos episodios de romance a lo "María"; imaginó los viajes, las caricias, las peleas, etc.

Aunque nada de lo que había premeditado durante tres días funcionó cuando se atrevió a regresar al establecimiento.

Con todo y dudas, a la mañana siguiente Juan se vistió de galán. Se despertó justo cuando los primeros rayos del sol se asomaban sigilosamente desde las montañas y chocaban con las torres y los edificios para brindar el espectáculo del amanecer en la metrópolis. Un café sin dulce precedió los minutos que estuvo admirando la puesta en escena; luego, se alistó y se vistió meticulosamente.

Mientras se duchaba no dejó de pensar en ella. Con los ojos cerrados, en tanto el agua caía sobre su cabeza, trajo su presencia consigo a ese lugar e imaginó escena tras escena influenciado por un ambiente, al principio, de un romance sublime que luego —conforme frotaba su pene— se tornaba fogoso y erótico. La curiosidad de descubrir sus rasgos corporales más íntimos parió gemidos en tono grueso y cuestionamientos concupiscentes que suscitaban un agudo debate entre el enamorado empedernido y el iracundo amante de las mujeres y el placer:

¿Cómo sería ese primer beso? ¿Cómo sería tocar su piel, sentirla erizarse y pasearse por su cuerpo como se pasea el intrépido viento por las ventanas de los cuartos de las residencias sin permiso? ¿Cómo se sentirá?
— ¿Viste sus senos?
— ¡Claro que los vi! ¡Y su trasero, qué belleza!
— Pero no debo ser morboso... abre los ojos.
— ¿Qué? ¡Cobarde! ¿Qué tiene de malo? Te gusta y es obvio que le gustaste. Tienes que hacerla tuya, ¡cógetela! Imagina su olor, su sudor, sus piernas desnudas, sus pezones blandos y sus pies delicados y rosados; su vagina mojada... imagina su sabor. ¿Y ahora dime que no la deseas tanto como para amarla sólo por tener tanto deleite a tu disposición?
Y ahí, justo cuando el deseo había superado la realidad, Juan eyaculó y el teléfono increpó anunciando una llamada inesperada:
— ¡Riiin, riiin! ¡Riiin, riiin!
— Carajo, no alcancé.

Los dedos resbalosos por las gotas de agua impidieron que Juan atendiera la llamada. Intrigado por la identidad del remitente y del posible mensaje, secó con calma sus dedos y revisó el historial de llamadas. Inmediatamente se percató de que era un número desconocido y, al replicar la llamada, el buzón de voz fue el único interlocutor que se manifestó; así que hizo caso omiso y continuó.

La presión y los nervios ya no se sentían; parece que, como vulgarmente dicen: “Una paja, sí calma el alma”. Tras cepillar sus dientes, aplicar loción y crema de peinar, dos cachetadas suaves en el cachete izquierdo cerraron el ritual de confianza. La voz que le exigía desvestir brutalmente a su querida, ahora le motivaba llenándolo de confianza con frases de poder, decretando lo que hace unos minutos parecía imposible:
— ¡Tú eres el hombre! ¡Esa mujer va a ser tu esposa!

Juan tenía compromisos que no quería atender sin antes ver a su dulcinea y para su fortuna, “la suerte estaba de su lado”, el clima frío y fresco con parches de líneas doradas que se abrían paso entre el laberinto de viviendas y torres de los conjuntos, poca gente y poco tráfico, y para rematar, la vieja amargada brillaba en su ausencia y Liz estaba a cargo mientras su jefa se abría paso entre la cantidad de personas que aprovechaban como ella los descuentos del día sábado, a tan solo unas cuántas calles en la central de abastos de Bogotá. Paquetes de papa y cebollas a tan sólo dos mil, hortalizas, vegetales, carnes a mitad de precio, entre otros; todos a muy bajo precio y la mayoría próximos a descomponerse.

Era normal que toda la plaza de mercado luciera desorganizada e infestada por mercaderes, clientes, indigentes, consumidores de bazuco y otras drogas; además, apestaba constantemente a un nauseabundo olor a pescado podrido, sangre, heces y plástico quemado, un olor tan penetrante que alcanzaba a percibirse hasta la intersección de la Av Cali con Américas donde tenía ubicado el negocio la doña. Sin embargo, la cucha María prefería tolerar eso antes que pagar por los productos en buen estado, ¡pobre señora!, tacaña e infeliz, ¿Qué sentido tiene tener demasiado dinero si no lo vas a usar? Era ilógico, la avaricia se le salía a gritos por los ojos, y eso repercutió en su salud, el estrés y la intranquilidad la mantenían enferma, con un pie más allá que acá.

-¡Disculpa, buenos días! ¿Me vendes un tinto oscuro sin azúcar, por favor ?. Dijo Juan desde el lado externo del mostrador y buscando cazar su presa clavó su vista en los hipnotizantes ojos de la joven, añadió:

-Que milagro que no está la anciana Maria, ¿lograste deshacerte de ese terrible ogro y liberarte?.

Liz contuvo la risa, y con un rostro risueño entregó a Juan el café, y dijo:

-No le digas así, merece respeto; pero eres muy gracioso.

-Tienes razón, disculpa; ¿Qué te parece si olvidamos mi desconsiderado sentido del humor y me aceptas una bebida al terminar tu turno? y de paso, nos conocemos mucho mejor ¿Qué opinas?. Dijo Juan, aventándose a aguas desconocidas con los ojos vendados y sin ser una nadador profesional , consciente de que ella era como una corriente turbia, que te engaña cuando se muestra pasiva, escondiendo su furia para arremeter de las raíces de la tierra a sus víctimas, en cuanto bajas la guardia.

La visión del Amor para Juan siempre fue muy objetiva; tal como Nietzsche, coincidía en que aquel sentimiento era tan fraudulento como escaso y sobre todo fugaz, poético pero innecesario e implacable cuando te logra atrapar. Pensaba esto, porque aborrecía la moral humana; aquella que va en línea recta, extremista corrupta y morbosa. Siempre hablaba de la evolución, la ciencia y las leyes como una singular victoria en el desarrollo de la especie humana como civilización; y del amor como un virus amenazante, un retroceso con

tendencias inescrupulosas a justificar la estupidez humana y su debilidad. odiaba la vida cuadrada y rectangular, y conceptualizada un mundo con sentido siempre y cuando fluyera de manera circular, con curvas e imperfecciones, creatividad e innovación, un mundo atrevido y a su vez soez con la pulcritud de los pensamientos encerrados en cajones. Por eso, la situación era más que emocionante, una historia fuera de lo común, el inicio de una crónica de una muerte no anunciada, porque era su debut en el hipócrita estado de conciencia del amor.

-Si, dijo ella- y agregó: Salgo a las diez, si no estás aquí me marcho, ni un minuto más ni uno menos y solo porque enserio me hiciste reír.

De tantos clientes con caretas de galanes que —con sus falos templados en sus manos y sus porras ebrias de sexualidad barata— habían fracasado en la labor de seducir a la senderilla criada en Bogotá, pero concebida en el noreste del país tricolor, en el departamento del Huila; solo el menos libidinoso había conseguido desarmar la consistente armadura que protegía su corazón, frágil y sutil como un pétalo de flor.

El lenguaje ilegible de sus temblorosas manos y la necesidad de contactar el interior de su incomprendido ser —fijándose en la semejanza que el tono de sus ojos tenía con el color de las avellanas y el monólogo de miedos e inseguridades que hablaban por ella imprecisamente a través de palabras y gestos evasivos e involuntarios, algo prepotentes y hostiles— levantaron en ella sospechas y una gran curiosidad. Pues Juan, a diferencia de aquellos bastardos, no la hizo sentir como un trozo de carne en la estantería de una carnicería; no pidió por ella al tendero con un fajo de mentiras y la baba escurriendo de su boca, hambriento, entusiasmado por devorarle. No; no tenía intenciones más que seguir conversando, de escuchar qué le apasionaba. Él solo echó al río una miserable carnada mientras en su mente se preguntaba: «¿Quién es esta mujer? ¿Es capitalista o comunista? ¿En serio leyó la Divina Comedia? ¿Entendía la sumisión del mundo moderno hacia los valores del ser? ¿Feminista o feminazi? ¿Vivaldi o el reguetón obsceno? ¿Independiente o interesada? ¿Alquilaría su vagina por malos tratos y lujos o lucharía con fervor hasta encontrar el verdadero amor? ¿Quién mierdas cree en el amor en pleno siglo XXI? ¿Ciencia o religión? ¿Le gustaba el café o el agua? ¿A quién no le gusta el café? ¿Sería una infiel más? Y si así fuera, ¿qué sentido tendría enamorarse de ella? ¿Era honesta? ¿Sabía de política y economía o se doblegaba ante el control de las redes sociales y su banalidad? ¿Santurrona o puta?... ¡Háblale ya, maricón, llevas dos minutos en silencio!».

El silencio que precedió la respuesta positiva a la invitación de Juan cesó cuando, tartamudeando y entre los dientes, dijo:

—Así será.

Y con una sonrisa se alejó, caminando rápido por no saltar de la emoción y verse extraño, mirando hacia el piso mojado por el rocío pasajero que pintaba las calles de la ciudad desde la madrugada hasta el mediodía, como antesala de los fuertes aguaceros que desbordaban el resto del día las cañerías viejas y llenas de basura y materia fecal. Era la época del año en

donde el cambio climático revelaba la corrupción y el deterioro de una ciudad agobiada, gobernada por politiqueros que no movían un hijueputa dedo por evitar estos desastres; depravados que manoseaban y abusaban de los dineros públicos, ocasionando trancones interminables por obras más largas que los *Cien años de soledad* de la familia Buendía, calles inundadas de estiércol y desechos por falta de mantenimiento a las redes sanitarias, hacinamiento poblacional, indigentes, violadores y ladrones corriendo eufóricos —cuál musical de Broadway— como golondrinas surcando extasiadas los vastos cielos. La capital hundida en el vejamen y la cochinada, y los bogotanos, irónicamente, meditaban en quién iban a votar en las próximas elecciones como si estuvieran escogiendo en un chat de citas un amante para coger.

Juan llegó al lugar con anticipación y revisó el reloj de su teléfono; había llegado diez minutos antes de las 10 p.m. Mientras esperaba a su cita, frotaba sus manos para combatir la baja temperatura. Miraba pasar los peatones, las luces de la calle y los semáforos, y la silueta de las mariposas blancas contonearse en medio del vapor del frío, que creaba el ambiente preferido de Juan para fumarse un cigarro de marihuana y escribir atizado de furor y vehemencia.

Desde que cursó sus estudios universitarios, había tomado por costumbre disfrutar de estos escenarios poco apreciados. Apreciaba cada detalle del ordinario suburbio del tercer mundo como infinitas imágenes dignas de retratar en un lienzo; el mundo como una galería de arte al aire libre, un museo que podrías apreciar siempre y cuando no dejaras de respirar. Se sentía como pez en el agua cuando paseaba por las calles aledañas de la universidad o por cualquier calle de Bogotá, preferiblemente de noche y en medio del frío tras el cierre del crepúsculo. Cuanta emoción le daba cuando ubicaba una silla, o un espacio en un parque o en un andén, donde se pudiera sentar, escribir y fumar, al tiempo que conversaba con la soledad desde su interior.

Estaba impaciente porque Liz no llegaba. Decidió tomar asiento. Sus piernas se movían de arriba hacia abajo rápida e involuntariamente. Frotaba sus manos tomándose dedo por dedo y, en ocasiones, haciéndolos tronar. Conversaba consigo mismo asumiendo una derrota más, porque hasta ese momento parecía que Liz no iba a llegar, ya que las luces de la panadería se habían apagado en su totalidad. Entre los trabajadores que conversaban y fumaban cigarrillo antes de despedirse para irse hacia sus casas, no se divisaba la perfecta y atractiva silueta de su Julieta. ¡Romeo, amigo mío, te dejaron plantado!.

No había nada que hacer; hasta ese momento era un soldado caído más. Así que aprovechó y tomó un lapicero que cargaba en su bolsillo, junto con unas hojas dobladas que guardaba en su billetera, y escribió, descargando toda su ira y convirtiéndola en una carta al viento, a su vez que observaba las mariposas blancas y pensaba en la dama que lo acababa de plantar.

Nota 28 de Enero del 2019

Es extraño cómo la luz que proviene de las lámparas se filtra entre las gotas que, relucientes, bajan en breve del cielo para bañar los escenarios particulares de la rutinaria ciudad y pintar sus oscuras calles. Las líneas doradas se escabullen entre los interiores de los edificios; corren despavoridas de una guerra entre la noche y el día. Corren, solo corren. Corren con la melancolía de las estrellas, como Dafne huyó de Apolo. Corren porque saben que se van a extinguir, porque saben que hay una vida por vivir, excitados por conocer lo más que se pueda, sin repudios ni maldad; corren hasta desvanecerse y nunca más volver.

Así deberíamos ser, como debemos ser: sin culpas ni rencores. Vivir, vivir con esa voluntad de amar y reír en exceso, de besar hasta secarse los labios porque en otra vida no podrás besar esos mismos labios ni ver los mismos paisajes. Ni siquiera deberíamos especular sobre una vida en el más allá; deberíamos estar acá, en el presente. Acá donde se construyen los sueños y las penas sucumben porque ya son del ayer. Y el hoy, el hoy es lo que debería valer.

Los que se van son tan importantes como los que se quedan, pero igual se tendrán que ir para que lleguen más, para que el ciclo no se interrumpa; porque es natural, porque la naturaleza perece, muere para alimentar otras vidas. La tragedia armoniza la felicidad y viceversa. Por eso, los rayos de luz que quedan cautivos entre las lámparas de los faroles iluminan a todo brillo, resaltando en el aire las mariposas blancas que se pasean con el viento y, en el piso, a las que trágicamente agonizan.

¡Qué cabezaduras! Van por ahí sin pensar; a veces me siento como una de ellas. Sí, frágil y osado, entre el riesgo de vivir al tope o morir en el intento, porque ¿qué sentido tiene vivir a medias? Volar cerca de la superficie cuando, de todos modos, en 7 o 20 días morirás y la tierra reclamará tus restos, entre el dolor y la frustración de ser tan perecedero como todo y todos. Porque nos negamos a pensar en que todo inicio tiene un final, ignorando que, junto con el milagro de la vida, existe uno más justo y necesario como el otro: "El milagro de la muerte". ¿Vivirías en un mundo sin muerte?

Es extraño que hoy las vea revolcarse en el piso y no sienta pena por lo fugaz de su existencia. Es raro, pero lindo. No había notado cómo la luz de las lámparas revela la verdad que nadie enfrenta: la lucha para no extinguirse y ser pisoteadas por los transeúntes o devoradas por algún animal; ese apego a la vida, ese deseo de aferrarse hasta del último aliento y arrebatarle una pieza al rompecabezas de la vida, burlar la muerte.

Hoy las veo como un ejemplo de grandeza y resiliencia. Debe ser por la pelirroja, la chica de la panadería. Ahora entiendo que era una oruga pero hoy decidí volar, conocer el mundo que luego extrañaré cuando la despida por siempre, porque siento tanta felicidad que no dejo de pensar en cuánto dolerá cuando se tenga que acabar. Entre tanto, agradezco ser humano y no vivir más de lo que puedo amar, estar sujeto a las fuerzas que rigen nuestro universo. Agradezco ser abono del tiempo y ser seducido por el susurro parloteo del placer y el amor. Debe ser por la pelirroja que divago como un Romeo sin chocolates ni flores y sin el fraseo ideal, sin los ojos verdes o azules, la piel caucásica y cautivadores músculos, sin gracia; pero Romeo, porque lo único que anhela en el mundo es poder amar a su Julieta.

—¿Siempre cargas con esfero y hojas para todo lado? —susurró una voz suave y temblorosa desde el fondo del hostigante bullicio de las calles.

Sorprendido, pero seguro de reconocer esa voz, Juan soltó el lapicero que cayó sobre el piso mojado y, sacudido por la sorpresa, dejó caer hasta las hojas en las que estaba escribiendo. Inmutado —mientras las hojas se mojaban tiradas en el adoquín humedecido por la tenue llovizna— se quedó perplejo viendo a Liz, dudando si era real o una alucinación. «Juan, deberías dejar de fumar eso». Pero sí, es real; es ella. Ahora, ¿qué digo?

—Es una vieja costumbre —respondió Juan.

—Los hombres hoy en día no respetan las costumbres.

—Tal vez los que has conocido.

—No he conocido muchos, pero apuesto a que no son distintos: todos son iguales.

—Nadie es igual, nada es igual; todo es único e irrepetible.

—Eso no lo puedes demostrar, no tan fácil. Las excepciones son muy contadas; tendría que recorrer el mundo entero y, aun así, creo que me decepcionaría tener la razón —afirmó Liz abruptamente.

—Si aún deseas salir conmigo, puedo demostrarte todo lo contrario —afirmó Juan con valentía, ágil como pantera, haciendo uso de su astucia para no desprestigiar su fama de guerrero incansable. No caería en esta batalla; no sería una cita con el psicólogo por obligación, tendría que ser la noche inolvidable, la velada ideal. Pero la falta de pericia para doblegar su orgullo estratégicamente y persuadir el descontento de Liz por el sexo opuesto —machista y misógino— presagiaba todo lo contrario, además del tartamudeo que gobernó junto con los silencios incómodos camino al lugar de su primera cita: “The Good Place”, un negocio de comidas rápidas al que los enamorados de Kennedy acudían para festejar las fechas especiales del almanaque de Cupido con gracia y fervor; con la falsedad de la ilusión dibujada en sus rostros, la felicidad efímera que durará lo que dure la química, lo que duren los tragos de la barra libre, el paseo por el vehículo hacia el motel donde la cita se concretará, donde los vacíos se llenan en un ritual carnal más hipócrita que placentero y las enfermedades se transmiten en el cuerpo y en la mente como un virus mortal.

La respuesta no tuvo que ser pronunciada por la pelirroja porque la pronunciaron sus manos y su cuerpo antes que el sonido de los labios nombraran el sí, el *yes*, el *oui*; «Madame, permítame calentar sus manos y sobar sus enrojecidas mejillas». Y ella ni se inmutó; entonces se cruzaron sus respiraciones y las miradas, como pares, se juntaron: la mirada de dos frecuencias energéticas que habían viajado por el vasto universo para vibrar en sincronía, colapsar la función de onda que materializaría electrones en recuerdos inolvidables. Como el recuerdo de esa cita que, para ambos, fue el epítome de su amor: un amor con cena para dos y comida para llevar, caminatas hacia su casa entre tertulias acogedoras, las visitas a las vitrinas de los centros comerciales y a las camas de las residencias.

Ella, más virgen que las estatuas de la madre de Cristo, tomó de la mano a Juan tras pagar la cuenta, luego de haber compartido por casi dos horas en contra de todo pronóstico y haberse robado las miradas de los comensales que, con recelo, especulaban sobre la pareja que pidió pizza y dejó propina. Era normal, era común; pero en ellos era condenable porque, a diferencia de los demás, su aura era real, auténtica. Ella, más noble que perspicaz, avanzó afanada entre risillas, halando siempre a Juan como una cometa sin viento que la eleve.

Juan, arrastrado por la chica que hace unas horas le había comentado que le encantaba Blue Jeans, los girasoles y sabía armar el cubo Rubik, vio cómo se alejaban cada vez más de la avenida Américas. Subieron con prisa por toda la avenida Cali hasta llegar a la calle 13, para luego tomar un taxi que tomara por la 17, pasara por la 100 y los dejara dos cuadras arriba, en una esquina donde la extensa calle y los locales tenían un tinte lujurioso y carnavalero: luces a lado y lado, y botones mal arreglados ofreciendo los servicios del motel que representaban. Carismáticos o toscos, como lobos al acecho, todos con hambre; pero solo uno podría comer una presa a la vez.

Pero no fue solo ella; fue Juan quien propuso ese primer beso y el toque erótico bajo la mesa. Fue su mano la que subió por sobre sus piernas hacia sus valles. Saltaron del puente del romance hacia las tibias aguas del placer; tibias como el clima de su entrepierna, la piel lisa y suave, piel virgen que se humedecía con el roce de sus dedos sobre la ropa interior. Ignorando la multitud, los labios ya no besaban sino que mordían, y los dedos pidieron permiso para allanar sus labios inferiores. Ella cedió, y sus panties se bañaron a medida que continuaban el contoneo entre sus bocas y la danza de sus yemas sobre su vagina. Se besaron, se miraron y se tocaron con pudor y descaro; se desearon tan repentinamente que el restaurante ya no fue suficiente. Necesitaban el sonido de las llaves abriendo el cerrojo de la habitación.

— ¿Cuánto vale el rato?

— Vale 50 mil las 3 horas.

Y me miraba buscando simpatía de mi parte... ¡Qué señora tan extraña! Actúa como si nunca hubiera visto una pareja con ganas de coger. ¿Para qué quería saber si éramos esposos? Y luego quiere contarnos su biografía; ya estaba harto de escuchar a la vieja metiche.

Al llegar al final del pasillo la señora por fin cerró el hocico. Entregó las llaves, dio la vuelta y sonrió diciendo:

— Estoy para lo que necesiten, sólo marcan desde el conmutador de la mesa de noche al número que les acabé de mencionar.

Nunca se percató de que los jovenzuelos no le habían prestado atención a su conferencia, pues en ese recorrido el apretón de las posaderas de Liz había sido el preludio ideal del encuentro carnal que les precedía. Al cerrar la puerta no hubo formas ni cuerpos, no hubo conceptos; solo un fin: arrancar los tejidos del pudor y la decencia social. Después de una guerra con los acuerdos de la sacralidad del sexo —no como el fin de la reproducción, sino como la búsqueda de la máxima satisfacción— se hizo la paz en el campo de batalla. El

acuerdo se firmó con aullidos de placer en la habitación 202, en pleno centro de Fontibón, la localidad vecina.

-¿Te puedo confesar algo?. Preguntó Juan mientras acariciaba el rostro de Liz, suave como la seda y adornado de pequeñas pecas, que él veía con fascinación tal como admiraba el universo colmado de estrellas y planetas.

-Dime. Respondió Liz, mientras descansaba sobre el pecho tibio de Juan, que aún tenía algo de sudor y palpitaba aceleradamente.

Mientras Juan continuaba acariciandole y observaba la luna a lo lejos a través de la ventana de su cuarto, exclamó:

-Siento que te quiero y ... .quedó mudo, enrojecido, no pudo decir nada más, su corazón respondió enardecido a la oración.. Si sus palabras no se hubieran acumulado entre sus dientes y sus labios, dejado de balbucear ehh…. per…. yo… tu… Tal vez hubiera podido recitar las palabras que se le habían venido a la mente:

-Quizás sea el resultado del regocijo de haber bailado la danza carnal del instinto atiborrados entre estas sábanas, o lo certeras y atractivas de tus palabras en aquella panadería, y aunque ¡mírate! ¡Eres increíblemente hermosa! Es distinto; siento que siempre hemos estado juntos, tus ojos me vieron y sentí que solo nos hemos perdido para morir y nacer hasta prepararnos lo suficiente y así volver en algún punto del espacio y en todos los tiempos simultáneamente, para comenzar lo que terminará en dolor por esa franqueza del amor que nos ata por toda la eternidad a los que de verdad amamos. Algo tan necesario e inevitable como el Sol lo es para la vida de todo en este planeta y tan macabro como la cadena alimenticia.

¿Eso le dices a todas las chicas con las que duermes?. Preguntó Liz, demostrando su carácter; aunque sólo lo hacía por obtener más pruebas y escuchar lo que quería oír de la voz de uno de muchos pero uno entre todos, aquel que había sacudido su mundo cruel lleno de problemas y dudas en el instante en que sus miradas se vieron fijamente y más aún; cuando encontró sobre la mesa donde Juan se había sentado cuando se conocieron esa mañana de abril, el papel en que había escrito un pequeño poema y que había olvidado.

Sin darle tiempo a Juan de responder, Liz se precipitó repentinamente a recoger su bolso que yacía en el suelo, del cual sacó un pequeño papel de cuaderno doblado. Al levantarse y agacharse posteriormente, sus posaderas dibujaron un corazón perfecto que colgaba de un simétrico tallo que era su columna; no pudo Juan evitar acariciarla con el frío dedo de su pie derecho justo en la parte superior de su ano, detallando una cicatriz roja en forma de pequeña línea recta que tenía en la cúspide donde los valles de sus nalgas se juntaban para definir el contorno de su ambivalente figura. Volteó Liz y, con un gesto de satisfacción por el tacto, se abalanzó con un beso y los brazos abiertos para estrujarlo entre sus senos. Al pausar los besos, con las frentes juntas y las narices tocándose, hablaron los huh y los suss del sonido de

la respiración conjunta, sin cercos ni distancias. Precedió un silencio mientras Liz comenzaba a recitar las palabras plasmadas en aquella hoja:

—¿Penélope, eres tú, mi amada? En otra época, en otra vida, en todas siempre me hallaste. Entre las dimensiones de la mente te negaste a sucumbir; la compleja mente, tan compleja como el souvenir de tus deseos y la ambrosía placentera del dulce canto de tus gemidos. Hoy los recuerdo sin haberlos vivido, aunque ya los viví. Tú, Penélope, aquí y siempre; y yo hoy como este perdido, antes como guerrero, como ladrón o como mendigo. Hoy te encuentro de nuevo, tú, mi brújula, para guiarme hacia el descenso de mi muerte con la certeza de que solo me iré para renacer en otro vientre de otra vida, en el seno de otro universo que en el tiempo exacto —tal como hoy, así no sea el correcto, el preciso, el justo; en el momento en que tiene que ser— me hará merecedor de este exquisito placer: el placer de verte por primera vez.

Al pronunciar el último verso, levantaron al tiempo las miradas y, nuevamente con las manos apretadas, se decían entre sí que preferían ser amputadas antes que desprenderse. Tapando los labios de Juan con su dedo índice y suavizando su voz, comentó Liz:

—¡Lo leí después de que te fuiste del lugar y me encantó! Sabía que lo habías escrito porque te vi escribiendo como un demente mientras ordenaba los estantes de la bodega, justo después de que doña María nos interrumpiera, y pensé que necesitaba encontrarte para darte las gracias porque, al leerlo, sentí que te referías a mí. ¡Fue aterrador y raro, pero lindo! Mientras pasaban los días y trataba de obtener alguna pista que me ayudara a dar contigo, esa ansiedad por confrontarte aumentaba sin mesura —comentó Liz de repente, llenando el vacío del silencio que precedió después del recital de palabras que juntos acababan de pronunciar.

«¿Cómo le decía, sin sonar fanfarrón, que aunque ya había dormido con muchas mujeres, había soñado siempre con los mismos besos que hoy me daba y los arpegios que mis dedos hacían sonar al toque de su piel con la complicidad de la madera vieja de mi guitarra?», pensó en silencio Juan. Sonrió y, tras un prolongado suspiro, con una mano entrelazó sus dedos con los de su amante y, apretando con la otra sus perfectos y pronunciados senos, respondió:

—¿Alguna vez has sentido que conoces tanto a alguien que desconocías, que te da miedo conocer más a esa persona? Porque, ya sabes, todo lo que comienza tiene que terminar —expresó Juan mientras juntaba aún más el cuerpo desnudo de Liz con el suyo y su respiración aumentaba a la par de su excitación.
—¿Crees en Dios? —preguntó Liz.
—Soy hombre de ciencia; creo en las pruebas y en los hechos comprobables —respondió Juan.
—¿Y cómo explicas esto? ¿Que me conoces sin antes habernos cruzado? ¿O es solo atracción sexual?
—Estoy seguro de que no es solo sexo, pero ¿entonces dices que Dios quiere que estemos juntos? —cuestionó Juan mientras sonreía sarcásticamente.

—Dios o el destino, pero ¡sí!, algo o alguien más grande que nosotros —dijo Liz, y continuó—: Aunque no sé si sea motivo de agradecimiento porque, como tú lo acabas de mencionar, "todo inicio tiene un final". Y nada se termina sin antes acabar con todo aquello que hizo que eso se formara, como cuando lanzas un vaso de vidrio y observas su trayectoria mientras va cayendo, desafiando en pequeña medida por unos segundos la gravedad de la tierra, hasta caer y quebrarse inevitablemente; porque de otro modo duraría cayendo para siempre. Ahora mismo solo tenemos dos salidas para tanta conexión: "el olvido o la muerte".

—Entiendo —dijo Juan y añadió—: Lo importante es que ya se dio, ¿no crees? Quizás pudo darse más antes para aprovechar mejor el tiempo que vamos a estar, pero ya no se puede "no dar", solo se puede terminar. Y si es así y la ciencia está errada, sucederá y nos encontraremos en el más allá, según el designio de lo que sea "Dios". Por el otro lado, y si tengo razón, esta solo es una de infinitas probabilidades en donde pudo o no suceder, con la garantía de la simultaneidad de los multiversos habitando siempre un mismo espacio, porque todo lo que tiene que pasar ya sucedió.

Dejando escapar una enternecedora risa, Liz volteó su cabeza y vio detalladamente a los ojos de Juan y dijo:

—Entonces es un ganar-perder, caballero Odiseo.
Y procedió a besarle despacio. Sus labios se mojaron mutuamente y las manos se inquietaron a escarbar entre los valles de los cuerpos encuerados de cada uno. Liz subió sobre Juan apoyada sobre sus piernas, sin retirarle la mirada iluminada por la intensa luz que reflejaba la luna llena esa noche; y Juan apretaba sus nalgas, a su vez que penetraba su vagina enlagunada de los fluidos del placer y ella, lentamente y con presión, bailaba con su cintura como las olas lo hacen por el magnetismo de la Luna.

El sexo debe seguir un libreto coherente con los sentidos: debe ir desde la pasividad de una concreta introducción, hasta la enfurecida pasión que solo un buen clímax puede generar, y cerrar con el final ideal. Sin embargo, ¿cuánto ensayan los actores y las actrices para interpretar lo más natural posible un guion? Los cuerpos de Juan y Liz se entendían como lo hace nuestro sistema solar; eran conscientes de qué les complacía, por dónde tocar para activar cualquier estímulo que encendiera sus pasiones y fetiches, pero no sabían ¿por qué? Quizás era cierto lo de la predestinación y esta obra la venían repitiendo época tras época, cada vez que sus ojos y sus conciencias renacen en otro punto de partida, en otro contenedor de carbono, con otro nombre y otros rasgos, en otro país o continente.

Después de la disputa coital que recién habían perpetrado en "aquel viejo motel", Liz se mostraba algo esquiva. Desde que Juan había pagado a la encargada el canon de arrendamiento, Liz no había mencionado palabra alguna; más bien había tomado distancia y, con la mirada hacia el fondo de la Avenida 17 en intersección con la Avenida Cali, buscaba un taxi apresurada agitando la mano, elevando los pies de puntas como si fuera a tomar vuelo. Iba y volvía. —¡Taxi! ¡Taxi! ¡Ushhh! ¿Es que no quieren trabajar?

—¡Pi, pi!… ¡Uy, mamasita! —alguien gritó por allá, junto con silbidos anónimos provenientes de las motos y los vehículos que iban de paso.
—¡Estúpidos! —exclamó exasperada—. ¡Anda, Romeo, que han ultrajado a tu Julieta! ¡Defiende su honor!
Ipso facto, un cavernícola instinto territorial tomaba las riendas e inflaba el pecho de Juan; erguía su espalda, afirmaba sus hombros y armaba su voz de improperios y vulgaridades.
—¡Respete, hijueputa! ¿No tiene mamá? ¡Bájese! ¿Cuántos? ¡Es solo mía, nadie la puede admirar!
Rrrrrr… la baba no se le veía, pero rabiaba cual canino protegiendo su plato de comida. Le faltaba ladrar.
—¿Qué le miran? ¿Nunca habían visto una mujer?
Así continuó, vehemente y sin agüero, como buen colombiano; aunque era habitual siempre que andara con ella. El acto heroico resultaba tan repulsivo para Liz como los piropos que los déspotas admiradores le acababan de obsequiar.
—¿Por qué haces eso? ¿Quieres que nos hagan algo por buscar pelea?
—¿Qué? —repuso Juan y continuó—: ¡Pero si te faltó al respeto!
—No importa, pueden estar armados. Además, ¿por qué te enojas si soy una mamasita, no? Según tú, he de jalar con la silueta de mi sombra las filas de automóviles en un unísono coreando elogios. Tú mismo hablas de decir la verdad: no eres el único valiente que existe ni el único con ojos.

La dama tenía razón, aunque a Juan le costara asimilarlo. Lo aceptaba en silencio porque su exterior trazaba un límite que cegaba la razón por la ira; una vez bajada la tensión, volvía a él la lucidez, la pena interna de reconocer que, de no estar con ella, él hubiera sido el autor de los mundanos halagos que solían lanzarle a la bella mujer. La dama tenía razón, porque aquello no era una respuesta galante para reivindicar su honor, sino una manía hipócrita de exigir que la casa de los demás se limpie de mugre sin revisar antes nuestra propia morada. ¿Entonces exigimos pero no cumplimos? “Vaya héroe”. ¿Yo? No soy como ellos… ¿o sí? Eres como todos. Hueles al plástico de las flores artificiales cuando estás con ella. Dejas de reconocerte como un individuo más de una raza que, si bien comparte tus instintos y tus sentidos por simple genética, hueles a quien, lleno de barro, se voltea la ropa y juzga a otros por la más mínima mancha en su atuendo de gala. ¡Callad, intruso! ¡Sal de mi mente!

—¿Te quedarás ahí o subirás al taxi? —preguntó Liz, aún sin dirigir su mirada hacia Juan, que se encontraba a unos dos o tres metros del borde de la acera como perro regañado, orgulloso y sin mencionar ni mu.

Ambos subieron al amarillo carro, un Renault viejo con forma semejante a un iglú y un espacio interno tan reducido que las piernas de los pasajeros se remontaban una sobre otra para lidiar con la estrechez. El recorrido era corto pero tedioso; el taxi debía buscar entre las cuadras una salida que redujera el tiempo de espera en el trancón interminable que se apoderaba de la Av. Boyacá en las horas pico.

Sin embargo, los taxistas aman los embotellamientos; aman ver el taxímetro correr y el desespero en el rostro de los pasajeros. Es para ellos un deleite. Es común en la ciudad: la gente parece trabajar no por el gusto de hacer lo que ama o de servir a los demás; muchos parecen semillas de papa sabanera sembradas en macetas de cerámica. Sus raíces reprimidas y arruinadas solo quiebran la maceta o se pudren dentro de ellas y, en lugar de servir para el consumo, intoxican a gusto todo lo que se alimenta de sus frutos.

La viveza de la cual presumía Juan —esa capacidad de anticiparse a los demás y sus intenciones guiándose por sus instintos y sus habilidades intuitivas— era compensada por su idiotez e imprudencia esporádica. De tanto analizar, a veces su boca se abría sola; sus ingenuas palabras en ocasiones creían que se podían pronunciar en el margen de la verdad. Así que no dudó en mencionar al taxista:
—Puede tomar esta ruta, es más rápida.

De inmediato, el conductor viró hacia la Boyacá, omitiendo su instrucción e internándose en la estrecha avenida, haciéndose uno con el trancón. Sus ojos sonrieron con satisfacción cuando Liz, con voz baja y una mirada irónica, reclamó a Juan por abrir su bocota. Esto debió alarmar a Juan; debió tirarse del vehículo en movimiento y buscarse entre la multitud otro antifaz pintado de labial o una cortesana barata con traumas caros, una que no buscara el horario perfecto o se tomara el tráfico de manera normal, sin afán, sin presura por el viaje perfecto. ¿Cómo amar a alguien que no disfruta de los baches en el camino? ¿Cómo agradarle sin el perfil perfecto, sin la belleza ideal?.

El conductor se demoró lo que debía demorarse. Liz pasó el viaje renegando del tráfico y Juan culpándose a sí mismo por algo que nunca dependió de él. ¿Acaso era su culpa que el idiota taxista fuera un usurero? Juan habría hecho volar el vehículo si hubiese estado en su lugar, pero no dependía de él; dependía del común denominador del latino normal, de cuánta empatía sintiese el conductor por el afán de sus pasajeros, de cuánto menos valiera la avaricia por debajo de la justa labor.

La efervescente situación hizo a Liz abandonar el taxi sin despedirse en cuanto se detuvo unas calles antes de su casa. Juan, por el contrario, reparó en pagar, ignorar el avaro gesto del taxista por el robo perpetrado y perseguir a Liz, quien rompió el silencio una cuadra arriba de donde habían descendido.

—¡No soy una puta y no me gusta que entres en conflicto con todo aquel que me mire o me diga cosas! ¡No soy de tu propiedad! —exclamó diligente.
De inmediato, Juan confirmó sus sospechas: a Liz nunca le había enojado su impertinente sugerencia al taxista, ni su debate con los admiradores. Liz estaba furiosa porque pensaba que Juan la trataría como a una cualquiera: la dejaría en su casa con el viaje pago, sus cavidades todavía goteando el semen de Juan y su cuello con marcas por la asfixia intencional durante el frenesí del sexo. Ese sería su sello y ella sería una más.

Liz estaba furiosa consigo misma por no ser coherente con lo que proclamaba, convencida de ser tan honorable como la reina de Ítaca, quien no sucumbió ante las tentaciones mientras su heroico esposo regresaba. No; ella abrió las piernas en la primera cita al primero que armó el cubo de Rubik. ¿Y dónde quedó el misticismo? Ella quería que Juan le llevara girasoles durante trescientos días y cantara hacia su balcón poesías y canciones hasta que ella, con solemne venia, aprobara el cortejo.

Aún así, Juan se sentía culpable. Pensaba que había ido muy rápido, que ahora ella lo trataría como a uno más, que ya sabía cómo dominar a un hombre y hacerlo caminar cuadras enteras tras ella buscando contentarla o complacerla. Pero ¿por qué sería culpa de Juan? ¿Qué quería Liz? ¿Llegar virgen al matrimonio? A Juan le daba igual si hubieran cogido en la primera o en la cita número cien, pero "por si las moscas", como buen vendedor, respondió:

—Si tú eres puta, yo soy el más iluso de los hombres al pensar que solo a mí me darías el placer de abrir las puertas de tu sexo. ¿Pero no es así, o sí?

—¿Insinúas que soy una fácil?

—Para nada. Lo que quiero decir es que no eres una fácil y yo no soy un crédulo. No hay razón para tomar a mal que hayamos intimado en la primera cita si sabemos que el sexo es la respuesta de la aprobación de los sentidos. Solo sé que disfruté contigo como nunca lo haría con alguien y por eso no me siento avergonzado, aun si decidieras despreciarme ahora que te conozco vestida, pasiva, apasionada y recientemente enojada.

—Yo también siento que es distinto. Quiero que sea distinto, quiero estar contigo —contestó Liz mirándole por fin a los ojos y arrojándose a sus brazos tiernamente.

Ambos estaban errados. El destino sería tan cruel y pernicioso que los dejaría seguir para luego devastarse poco a poco, tiro a tiro: ella versus él, dolor contra dolor. Ambos, como niños engañados por Santa Claus, en mil citas terminarían odiando la Navidad.

Liz veía en Juan algo que podía moldear: un ser disminuido que ya había olvidado el sabor del amor, de los besos en la frente de Victoria o la manera en que don José cumplía la promesa de llegar temprano a casa y raspar su cuello con su picuda barba para hacerlo reír. Juan, aunque contaba con grandes talentos, estaba sin rumbo, sin más noción de la vanidad y la materialidad que un ladrillo. Juan no quería viajar, ella quería recorrer el mundo; Juan amaba el silencio y ella el ruido. Juan, durante seis años, se convertiría en el proyecto de graduación de una niña puberta.

El momento se tornó romántico, aunque los vendedores de aguacate extranjeros y otros oriundos de la costa colombiana gritaban alevosos: «¡AGUACATES! ¡AGUACATES! ¡POR TAN SOLO DOS MIL!». Liz y Juan caminaron por las calles aledañas a su vivienda; se tomaban de la mano, se miraban, se besaban, reían y silenciaban. Pasaban por los puestos ambulantes improvisados en carritos de supermercado o tirados en el piso a falta de estantería: «¡Sigan, pasen! ¡Cómprale algo a la novia!», decían los jaladores que se aglomeraban a lado y lado del paso peatonal.

Juan se sentía incómodo entre la multitud, pero eso no le impedía seguir a Liz; pensaba en todo buscando un patrón que le ayudara a lidiar con el humor de su dama, a su vez que pensaba sobre si quería hacer parte de la tendencia del amor comercial. Era más fácil dejarla y que ella consiguiera algo mejor o algo peor, no porque Juan fuera insuficiente, sino porque era una oruga; como ella, ninguno estaba cerca de salir del capullo, ni siquiera de despertar conscientes de ser una cucaracha.

Juan quería un algo casual, a lo Sabines: *«¿Te parece bien si te amo una semana nada más?»*. Eso debió preguntarle Juan a Liz, en vez de jurarle que lucharía por ser mejor, por cumplir sus sueños junto a ella. Le prometió que conocerían pueblitos y que formarían un negocio, que el episodio de los celos no se repetiría, que dejaría de ser imprudente, que tendrían un hogar y que no se vería tentado al placer casual. Lo peor fue que todo lo prometió "en un solo día", como si fuera a morir el día después.

Para cuando había terminado de prometerle el cielo y la tierra a su dama/niña, ya la había dejado en su morada y había actuado como todo un caballero frente a su madre. Había tomado el té y habían hablado de sus aspiraciones como pareja y de cómo su madre debía no solo adaptarse, sino ayudarles a que el viejo ausente —el padre de Liz— les diera el visto bueno e hiciera caso omiso a la fama de conquistador, consumidor y expendedor de drogas que tenía su "fino yerno".

Liz vivía cerca de la carrera 100 con 13, en la localidad de Fontibón. Las calles nunca lucían solas, a menos que una linda e indefensa mujer andara cerca de los parques, de las zonas verdes o de los callejones cerrados que estaban cada dos o cuatro cuadras conforme se seguía subiendo en dirección a la calle 26. Fontibón era conocido por ser la puerta sur de la ciudad, la entrada de viajeros y forajidos provenientes de los municipios cercanos como Santa Ana, su tierra natal, y del departamento más próximo: Tolima.

La radiografía de su extensión era la misma desde donde se viera: calle, calle, callejón, carrera, transversal, a veces transversal *bis*; parques, tiendas y aglomeración; calle, calle, callejón, parques, carrera, comercio y aglomeración… El patrón se repetía.

Su fractalidad aplicaba también con las gentes; estuviesen donde estuviesen, era la misma gente con distintos nombres, mismos perfiles engañados con su supuesta originalidad. Solo cambiaban las ropas, pero al parecer era un patrón establecido según el lugar: las calles se ocupaban de transeúntes distraídos y estatuas atornilladas en el baldosín, todos sin sentido del espacio; solo caminan y caminan, así vayan a sus casas, solo caminan. Y los otros solo estaban ahí, a merced de una limosna, una mirada de desprecio, una patada, un balde de agua o un disparo —merecido o no— casi siempre proveniente de algún honorable policía de limpieza.

Por otro lado, los parques siempre estaban minados de amantes de los caninos, fumadores de cannabis y nicotina, pseudodeportistas, borrachos, cazadores de lo ajeno y nómadas callejeros o, como decían Juan y Liz con gracia: "los loquitos de Bogotá". Los callejones y esquinas estaban repletos de putas, unas gordas y otras flacas; había también vendedores de

marihuana, ladrones que hacían caer a las personas de las ciclas y fingían ayudarlos a levantar para robarlos sin descaro, y depravados sexuales.

Cada dos calles, un callejón y un parque; había siempre una zona concurrida llena de vendedores ambulantes, centros comerciales, casinos, cadenas de restaurantes, etc. “La zona comercial”, abundante en proletarios con complejo de jeques, pequeños comerciantes sobreviviendo al arrollador sistema mercantil a gran escala de las empresas extranjeras y vaciados expertos en admirar las manchas en las vitrinas de bienes que nunca podrán comprar…

En fin, Fontibón era toda una estructura fractal viva, consciente y depravada, tan predecible como peligrosa, pero adaptable; como todo, una prueba más de la selección natural con los peores anticuerpos: “la policía colombiana”, que en las noticias gozaba de bastante protagonismo no solo en Fontibón, sino en todo Bogotá: bandas extorsionistas, abusos en Unidades de Reacción Inmediata, ascensos laborales por favores sexuales, etc.

Juan debía cruzar un parque extenso que limitaba entre las unidades residenciales y la carrera 100, atravesar la 17 en dirección a la avenida El Dorado y tomar un bus alimentador que lo llevara hacia El Tintal; sin embargo, comenzó a sentir las rodillas entumecidas y un peso excesivo entre su pecho y espalda. La necesidad de sentarse le apremiaba de manera desconocida; tenía que sentarse, si caminaba un paso más, se desmayaría y comenzaría otro de sus ataques. Decidió sentarse precisamente en una banca frente a una esquina cuyo aroma pusilánime era excesivo, aunque no le molestaba a Juan. El olor era equivalente a lo que le hacía sentir esa intersección geométrica donde finalizaba el muro que limitaba un lote inmobiliario extenso que se interponía entre el tétrico parque y la carrera 100. Juan tomó su cabeza y apoyó los codos sobre los muslos y encendió un cigarrillo. Solo se quedó ahí, estupefacto, pensando quién sabe qué, pero con un grado de observación minucioso hacia ese muro descascarado que parecía más bien tener lepra.

¡Qué tonto soy! Podría abandonarle y sentir cómo su ego se revuelca como sanguijuela al entender la realidad del aire fuera del agua, fuera de las vertiginosas aguas del autoengaño.

—¿Príncipe azul? ¿Negocio propio? ¿Relación? ¿Metas? ¡Cuánta risa me das, Romeo de papel! ¿Ahora te sientes culpable por lo que tienes que hacer según tu plan? Te la comerías, lamerías sus piernas y beberías del fluido de su vagina; la arrastrarías por el piso, la harías tuya como Horacio a Lucía y la desecharías más rápido que un niño a su juguete nuevo. La verías pasar y dirías internamente: «¡Yo me la cogí!», con un guiño implícito. Ahora, ¿qué cambió? ¿Acaso su mirada de borrego y su necesidad de afecto materno-paternal te hicieron cambiar de opinión? ¡Ya sé! Tanta soledad que la agobia, su similitud con tu miseria... Ahora entiendo.

—¡Calla! Que no es su culpa ni la mía que nos hayamos encontrado como los rayos del sol en medio de la tormenta, atraídos por ese hilo invisible que une los malos presagios con las

casualidades. No es su culpa que yo me halle entre los espinosos caminos y que dichas espinas trunquen mi anhelo de amar, un anhelo que no planeé ni sentí sino cuando sus ojos, palpitantes y vitralizados, se emparejaron con la emoción que se le salía por los poros al hablar sobre sus ideologías, de su manía por la puntualidad y su excesiva curiosidad por mi proceder y las huellas de las sombras de mi ayer.

No fue su culpa, ni la mía; fue del lugar que reventó una llaga que le ardía entre el silencio de su soledad. Fue ese lugar que la hizo mirar hacia esa esquina descolorida y manchada, maloliente a orina, adornada de maleza que se notaba que se podaba con poca frecuencia. Los lugares tienen ese efecto cuando están cargados de simbolismo. Por eso ella estalló en llanto al pasar por un extenso parque cerca al conjunto donde vivía y contó más de lo que debía; más de lo que me habían contado o más de lo que yo contaría al amor de mi vida, porque ya saben: «La verdad, como el dinero, siempre debe tener una reserva».

Habló del descuido de su madre, de la ausencia de su padre, del feminismo y las luchas sociales, del temor al sexo opuesto; de la noche en que, por caminar errante justo enfrente de esa esquina, la habían hecho olvidar esos treinta minutos y dejar de sentir por dónde le arremetían, le tocaban, le introducían los dedos o le propinaban golpes. Habló de cómo se sentía cuando cerraba los ojos y de cómo muchas veces soñaba con no abrirlos; de su amor al baile y a la estabilidad, aunque hacía planes para irse a experimentar a Europa sin más que algo en sus bolsillos y una inocencia condenatoria. Habló apretándome las manos y suavizando la voz; habló hasta que vació en el asfalto sus trágicas memorias.

Habló tanto que, tras escuchar sus confidencias, cambié de posición: habría de mentirle para construir su castillo de cristal y protegerla de la hostilidad de la intemperie; tendría que ser ese que no podría ser sino cuando estuviera con ella o frente a los ojos de sus cercanos. Por eso digo que no fue su culpa, ni la mía, sino del sentimiento de amor que despiertan la lástima y el apego en los enajenados ojos narcisistas, cuando se topan dos bocas que poco hablan y dos pares de ojos que hablan por sí solos.

El viento frío rozó la piel de Juan erizando, a su vez, los vellos de sus brazos como piel de gallina, interrumpiendo ese estado de discernimiento en que había entrado minutos antes. Juan se percató de que no quedaba más cigarrillo por consumir y que desde hacía unos minutos solo era el papel del filtro. Arrojó la colilla al piso y se levantó rápidamente para comenzar su viaje de regreso. Sintió un mareo repentino y sus ojos se nublaron; al mismo tiempo y mientras recobraba la lucidez, del cielo oscurecido de nubes obesas, un estruendo inquietante anunciaba el aguacero que se avecinaba.

La ciudad ya se pintaba de faroles amarillos; las gotas frías que comenzaban a caer le daban más brillo al reflejo de las lámparas de los postes, las luces de los carros y las mismas calles que tomaban un tono vintage, de película. El olor a pasto mojado y los puestos de tintos y aromáticas ubicados antes del cruce del semáforo de la calle 13 con 100 concluían lo obvio:

“Para los colombianos, el clima no es un obstáculo, sino una idea de negocio”. Avanzaba mientras veía curioso cómo la gente se aglomeraba en las pequeñas chazas pidiendo a sus vendedores remedios para el frío, ya que antes del estruendo lucían desiertas; incluso, sintió lástima al pensar: «¿Será que sí venden? ¿Cómo carajos sobreviven?».

No se molestó en buscar refugio para las gruesas gotas que precedían al sutil goteo de hacía unos instantes; en cuestión de segundos —sí, así cambia la vida de todos, en cuestión de segundos—, en milésimas de segundo, se desató la borrasca. Los pitos de los carros aumentaban conforme la agresividad de la lluvia azotaba el asfalto y, como balas, bombardeaban el suelo sin clemencia. Sin embargo, la ciudad no se detenía: la acera tenía pies por montones avanzando, cubiertos de capas de plástico, otros más apropiados con sombrillas, a pie o en cicla. A pie sobre la acera, en cicla sobre la misma, sobre la avenida, sobre la cabeza de sus madres, pero muy poco por las ciclorrutas. A pie, en cicla, en carro; incluso en los aviones que en ese mismo instante parecían detenidos en el viento como una fotografía de fondo, etc. ¡La ciudad no se detenía!

Juan caminaba bajo la lluvia, chocando hombros, pidiendo permiso, pensando, pidiendo permiso, pensando. Con su rostro mojado y la luz dilatada por el reflejo de la lluvia, parecía la típica escena del personaje protagónico donde el reflector apunta a su rostro; pero no. Podría haberse suicidado en el trayecto que anduvo camino a la estación de bus: «Permiso, permiso, ¡auch!, lo siento»... pensando, caminando, pensativo. Pero no; el clima para todos era el mismo. Unos iban con rostros positivos, otros renegantes; quizás la lluvia se siente de un color distinto para cada sujeto. La lluvia no bañaba de sabiduría a Juan, ni a nadie, pero sí les recordaba a todos que si no se cubrían, se mojaban. Algo sencillo, obvio, pero necesario de recordar como un mantra: “Debemos entendernos como animales de una ciudad que, aunque se esté incendiando, nunca dejará de cobrar el impuesto predial”.

Los siguientes días le precedieron varios encuentros “espontáneos”. Juan esperaba que ella saliera de su casa para acompañarla camino a la panadería de la vieja Soroca y en la noche recogerla para repetir el trayecto. Subían juntos tomados de la mano, cruzando por el parque; sí, ese mismo parque. Para ella era normal, había tenido que acostumbrarse a enfrentar ese siniestro suceso que parecía vivir ahí impregnado: en el olor, en la pared antes de cruzar hacia la carrera 100 con calle 13, esa pared apestada de orines, con el césped color verde impune, apestado de orines, apestado de lágrimas. Para Juan era más complejo asimilar the vergüenza del recuerdo del ultraje; en su mente rondaba la duda bautizada con una interrogante: ¿por qué seguir pasando día tras día por acá?, ¿sentido de pertenencia? o ¿le ofendía saber que no estrenaría con él su vestido blanco teñido, que era ropa de segunda?. El primer día que la escoltó hacia su trabajo no pararon de hablar; se turnaban y se interrumpían, se completaban las frases telepáticamente, se apretaban tan duro las manos como los lazos a las columnas de los puertos. Ignoraban el sudor, el cansancio de los pies, el sol, etc.; ignoraban la física con cada diminuto contacto; a veces, sin mirarse, con la calma de que el otro estaba ahí para no irse jamás.

Juan se dio cuenta, en esos primeros trayectos, de que en las semejanzas no se parecían; pero el amor les hacía parafrasear las diferencias y las carcajadas se volvían sonetos strictly gramaticales, guiados —como las corrientes de los ríos— hacia el mar. En esos primeros encuentros habían establecido acuerdos en medio de ese limbo de simpatía. Decretos que quizás requirieron algo más de debate, pues siempre es bien sabido que los acuerdos no se hacen bajo la influencia del exceso de la emoción.

Ella, su dama, gustaba de la danza como él de la bareta; gustaban ambos de la lectura, ella de romance y erotismo y él un promiscuo recolector de datos. A Juan no le gustaba la danza, odiaba el romance y era lo suficientemente grotesco para no ser sensual. Aun así, sentía tirones en el cuello, quizás de tanto asentir como gestos de aprobación con su cabeza y el esfuerzo por sostener la sonrisa falsa que bien compensaba a su morboso interior con un apretón constante a las nalgas de Liz, junto con los besos continuos entre pasos y paradas.
Habían acordado que él la apoyaría en su anhelo de estudiar medicina y de continuar en las clases de danza a las que asistía en una academia que funcionaba en un segundo piso, a cuadra y media del parque central de Fontibón, la parte de la localidad que parece estar arrancada de la placita de algún pueblito colonial. Juan había asegurado ser su concubino en su camino hasta ser una bailarina reconocida; que la acompañaría a sus competencias, a sus entrenamientos, etc... que sería ese compañero fiel en cada paso de ese sueño futuro. Él accedió, accedieron juntos; a todo hubiesen accedido: a comer la cicuta, a saltar del avión sin paracaídas. Tómame, no me dejes, salto si tú saltas. Estaban en el punto más alto de la cortina de vapor que cubría sus verdaderos rostros.

Liz accedía a todo lo que Juan disfrazaba de colores para ella, a quien le encantaban los arcoíris: "Fumo marihuana pero la controlo", "Soy progre, no te voy a celar: elígeme en tu libertad", "Nunca te engañaría, nunca, NUNCA TE DEJARÉ". Entonces, al tercer día de sus renuentes citas, él en sus ojos ya era su "príncipe azul", lo que mantendría su fidelidad y limitaría sus instintos juveniles, y ella muy sutilmente tragaría ese amargo néctar lleno de endulzantes artificiales. ¿De qué otro modo se hubiera comido a gusto esas bocanadas de mierda? Porque nadie puede limitar la naturaleza de su cuerpo en crecimiento y nadie puede sembrar flores sin regarlas, sin hablarles con sinceridad; sin eso, solo es maleza. Por un tiempo pensarás que nacerá un abundante huerto de girasoles, hasta que crece una invasora enredadera de ojo de poeta.

Los romances tienen un lío con la física convencional; desde siempre el amor más bien ha sido cuántico, y poco a poco se van descubriendo más formas de amar, con esos brotes de hombres que a través del tiempo han aparecido para revolucionar las leyes y cambiar el destino de las gentes, en función del amor en todas sus dimensiones, incluso las más macabras. Esos activistas morales que se han atrevido a reaprender lo aprendido por ese espíritu mesiánico que los hace abandonar la individualidad, sacrificar su ego para aceptar lo nuevo, lo extraño y variado que puede llegar a ser amar. O esos locos cuyas mentes confunden la entrega sincera con ese agónico deseo de propiedad que exige cumplirse por encima de la libertad del ser amado, antes de que la vela se apague; aman hasta matar, hasta torturar, hasta abusar de la vida.

Todo junto a ella le era distinto, incluso lo más extraño excedía la definición de la misma palabra. El café no sabía amargo, aunque le gustaba sin azúcar; siempre le supo a su dulce compañía, desde que la maga de Horacio se había escapado de Rayuela para nacer sin permiso en este mundo y cruzarse por sus rieles. No pedían permiso para sentir el tiempo sin recelo de su afán por arrancarlos de la paradoja del jubileo cuando sus risas se apoderaban del transcurrir del día y sus vestigios. Lo dejaba guiar en cualquier dirección por donde ella, su brújula rota, le ordenaba avanzar; volteaba los ojos por dentro para ocultar el gesto del enojo que le generaba ese andar sin rumbo característico de Liz.

«¿A dónde vamos?», le preguntaba internamente.

«¿A dónde quieres ir?», preguntaba ella con inmediatez, como si escuchara sus pensamientos renegados y delirantes; entonces él, que odiaba ser anticipado, procuraba tirar las migas de pan suficientes y estratégicamente que lo trajeran de vuelta de ese árido y espinoso camino al que ella le arrastraba; disipaba hasta la última contemplación interna sinuoso de no producir un mensaje verbal o no verbal que la llegara a contradecir y le sumía a su voluntad. Abordaba conversaciones que le parecían tan irrelevantes pero necesarias, solo para que no interrumpiera el viaje hacia sus oídos de sus vociferantes querellas, por la invisible carretera por la que transitan los sonidos que se escuchan y los que no.

—¿Por qué pasa esto? ¿Por qué pasa lo otro? ¿Te enteraste de lo que dicen en redes? ¿Me amarías si fuera un gusano? ¿Por qué tanto machismo? ¿Por qué soy mujer? ¿Y la ley? ¿Dónde está la ley? ¿Y los trans? ¿Por qué los matan?

Se pausaba, tomaba aire, fruncía el entrecejo y sus pómulos enrojecían; tomaba aire, elevaba el tono de su voz y continuaba:

—¿Puedes creer que mi papá sea tan utilitarista? ¡Estoy harta! ¡Vámonos de aquí!

—Calma, mujer, que te va a dar algo —intervenía Juan con serenidad, intentando apagar ese fulgor que la poseía cuando de hablar se trataba.

—¿Me va a dar algo? ¿Siquiera me has escuchado?

—¿Qué cosas dices? Te estoy escuchando atento.

—Tu cuerpo está acá, pero tú no; tus ojos parecen vacíos, no dices nada. ¡Corrígeme, grítame o golpéame, pero haz algo!

—Si opino, vamos a entrar en debate; te escucho atento desahogarte, ¿qué más quieres de mí?

—¿Qué opinas?

—¿Sobre qué?

—Sobre todo, sobre esta granja de cerdos psicópatas y feminicidas que llaman masculinidad y a quien la ley parece proteger.

—¿La ley? La ley no está mal; no debería brindarse privilegios legales a un segmento de la población.

—¿Qué? ¿Qué putas dices? —confundida y ofuscada concluía con un tajante—: Eres igual a todos.

—Cuando digo que la ley no debe ser preferencial, me refiero a que leyes en función de la protección de los derechos de la mujer y las minorías en general hay por montón. La ley no debería ser más radical cuando la víctima sea hetero o gay, trans o bisexual, etc., o cuando fuere mujer o niño; la ley debe amparar el bienestar de todo individuo por el simple hecho de ser humanos y castigar sin consideración a quien la infrinja. De lo contrario, seguiremos

inundados de leyes que, contrario a castigar, solo congestionan el sistema y facilitan a los infractores encontrar vacíos legales que les puedan amparar.
—Todo es culpa de los abogados, no deberían defender violadores ni asesinos, condenar a los ladrones; no sabes cuánto me enoja tanta impunidad...
—Te entiendo, pe...
—El mundo vuelto mierda, tú no me prestas atención y, para variar, mi padre y sus intenciones de convertirme en la señorita ideal, la mujer estudiada que luego se embarazará del hijo de alguno de sus amigos de su círculo social de esmeraldas falsas. ¡Pufff!
—En conclusión: «tu papá es un imbécil, el mundo está repleto de imbéciles».
—¡Calla, no te pases, es mi papá de todos modos! —ordenaba Liz, mientras cruzaba los brazos y con un temple casi militar dirigía fulminantes miradas hacia los de Juan.
Entonces concluía, que como las pinturas de Monet, no había necesidad de explicarla o entenderla, a ella había que amarla; había que gozar la danza espontánea de sus posaderas en el asiento cuando llegaba la comida a la mesa y con ella una coreografía entre sus gestos, su mirada de apetito y su lengua lamiendo el inferior del labio, arremetiendo la vanidad de sus besos finamente pintados con labial de media clase; aunque ella presumía constantemente del alto coste de sus cosméticos. Taciturno me quedaba admirando su teatralidad, me escapaba para hundirme en la pena por el juicio del gentío alrededor, coincidía con el mesero cuando le miraba con ridiculez; y, sin embargo, me dejaba envolver en ese juego de la dama y el vagabundo en cuanto miraba sus ojos brillantes y excitados, y la dicotomía de mi ser me atornillaba displicente a sus caprichos más infantiles.
Se filtraba en las exageraciones del exhibicionismo con una naturalidad algo miope en contraste con la realidad, Juan notaba que, por más que dibujara esa sonrisa, del contorno se salía su necesidad de descubrirse en medio de la aprobación; su sordera se curaba cuando los aplausos más cercanos la hacían resaltar, porque se negaba a reconocerse en sí misma. Juan, por otro lado, tratando de unir fuerzas sin un pegamento sólido, con saliva, saliva seca, se apegaba a ella como el grafito a los imanes; era su mano quien lo movía y él, abusando de la acción, trataba de acomodar el cuello en una guillotina que separaba sus juicios de sus instintos, como jinete sin cabeza, como lapicero sin tinta. ¿Cuánto más caminaría errante a su merced si era claro que odiaba su infantil manera de idealizar la realidad, esa ida y vuelta constante entre la crítica y la inacción? Era claro que odiaba su jaripeo cuando en sus clases de baile, cotorreaba con esa actitud risueña con algún parejo o con el instructor, que bien podría ser un coqueteo pasivo. Aun con todo eso, la acompañaba esporádicamente, ocultando su incomodidad; así como ella luchaba por no perder los estribos por su serenidad repentina y pasiva personalidad, que emergía inmediatamente después de que fumaba del porro. Odiaba esa bipolaridad más que el atosigante pisquero que se encerraba en la habitación y le despertaba molestias por el asma que padecía.
Era un callejón sin salida, Juan apelaba a la lógica y ella era una habilidosa malabarista, maniobraba sus argumentos entre la delgada línea roja que divide la locura de la cordura para terminar donde comenzaba: lo que García Márquez llamaba idealismos mágicos. Y así, sus conversaciones con ella, eran como la del cantinero silencioso y desganado con el ebrio enardecido; ella bebía a cántaros tragos amargos de preguntas sin solución, quejas de su amargo vivir, su avaro padre, su madre desinteresada y fracasada, su hipocresía porque disfrutaba de los viajes y las reuniones con su adinerada familia para cada diciembre; pero,

aun así, se había involucrado con un pobre dantesco y ninguno de los dos tenían intención de separarse.
Pasado un tiempo juntos comprendió que las disputas con ella, las prefería en la cama, porque en los debates era absurdo buscar las piezas que le faltaban a sus utópicos rompecabezas filosóficos; aunque él buscara cualquier excusa para debatir el color rosa de su universo. No estarían juntos para siempre; no, eso lo sabía. Tal vez por eso despertó en él una desesperación, una necesidad de retenerla que con los días crecía y se transfiguraba en celopatía, una reacción química tan potente como la de su emblemático enamoramiento. El antígeno del amor le hacía ver indulgencias donde no las había y estaba desprendiendo de su iceberg la parte de Liz que aún le amaba. Pasados cinco años del primer beso que se dieron con las miradas en esa panadería, del «Te amo, no me dejes», a convencerse que su dama de puta hasta en la iglesia; la amaba como un minero a su esmeralda, pero se preguntaba si soportaría toda la vida esa jovialidad con la que abría sus puertas al público expectante, su forma de hablar con todo el mundo y reír por todo. Si antes de que lo dejara, mejor debía escribirle un poema y asesinarla.

Nota 5/04/2020

Otra vez renegó por horas que había sido invitada al cotillón de fin de año donde se reuniría su opulente familia y aproveché unos instantes para tararear en mis adentros… "Por aquello que encontré en tus ojos, tarara… Por aquello que perdí en la lucha.. tararara". Me detuve a pensar que los acordes de esa canción habían sido acomodados entre tonos intercalados asonantes melódicos pero algo impostados. Cómo si Cerati no se refería al hallazgo de un tesoro, sino a la pérdida de la identidad del ser por la mirada del amor. Yo pensaba en Cerati, en ella, la miraba, tarareaba.. "Me pondré el uniforme de carne humana".. tarara, ella continuaba en su parloteo, ni siquiera notó que yo acababa de abandonar el sepulcro de las letras de un habilidoso narrador de la soledad. Movía los labios y apretaba los puños, sus lentes se desacomodaban y su espíritu se elevaba porque gesticulaba con las manos y entonaba las palabras con los ojos. ¿Yo? Yo solo la miraba, la miraba y me miraban sus pupilas, examinaba su fino mentón y luego ella miraba perdida al techo, las paredes, la ventana. Siempre culminaba el recorrido con los ojos clavados en la panorámica que ofrecía la longeva ventana. Siempre ida y expectante, como si les hablara en silencio y esperara una repentina respuesta, que se yo. Yo me perdía entre sus hoyuelos mientras soltaba la espada de la indiferencia para corresponder a la conversación aún en contra de mi interés. Cuando volvía al cuarto donde empijamados o a veces desnudos, desvestiamos nuestros secretos, sueños y miedos; me encontraba a ella, mi dama, inhalando y exhalando con temple feroz, por mis respuestas que no estaban a la altura de un oráculo como quizás ella esperaba, sino un péndulo afilado que cortaba sus inocentes expectativas acerca de su príncipe azul.

¡Yo sé, yo sé, que candente fantasía!. Que raro me resulta la realidad entre sus límites .Junto a ella todo pinta tan atípico de lo típico y eso me encanta, ¿Que gano yo? Ella, ganó su respiración cerca de mi boca cuando tenga que calmar su ansiedad por el futuro que la exaspera y al que aún le restan renglones por escribir. Yo se que no es amor, más bien una

dependencia psicoticamente poética, adrede semejante a los encuentros inesperados que terminan en ocasiones trágicas. Amé que ella encontrara en donde yo había buscado sin éxito, bondad y pasión. Sembró jardines de girasoles y gardenias en esta pila de escremento, vistió mis trajes grises, negros y opacos blancos en atuendos carnavalescos, marimondas coloridas y guayaberas ligeras finamente bordadas.

CAPÍTULO III

PEREZA

"Vivir es más importante que buscar el sentido de la vida".
Fiódor Dostoyevski

Los gallos cantaban en coro con los despertadores. Juan organizaba 20 alarmas para apagar una tras otra, cada vez que interrumpían su confort. La voluntad en él no representaba más que una idea benevolente, utópica y sin escarnio, algo sutil, algo banal, pasajero e intrépido. Había sido una noche larga, el concierto de luces neón, el parpadeo constante y el bajo retumbando, hacían metástasis con la ingesta indiscriminada de alcohol, perico, tusi y marihuana. En cualquier lugar se escudriñaban para darse los "pases", los baños, las esquinas, por debajo de las mesas camuflados entre el titiriteo de los reflectores y la luz tenue azul ultravioleta. Cuidado que viene el mesero. Pégueselos "Pluma". Ojo con esos maricas, son sijinos. ¿Cuántas para esa mesa? Dígales que coman mierda, es lo que hay, ¿Necesitan? Pues que paguen. Aliste dos. Y otras dos. Llévale otra para ese de la barra, disimuladamente y que mande unos tragos.
—Vos sí estás montado, pumita, le dije que me hiciera caso, mire, somos los duros, acá en este bolsillo, la grasa.
—Estamos, Reyes, hay que estar pendientes, ahorita repartimos y celebramos.
—Epa.
—Trin, trin. Retumbaron a la par las botellas de cerveza, rebosadas de espuma, como caninos con rabia, como los celosos que admiraban entre los litigios internos, juicios morales con jueces corruptos, hacinados entre el criterio de la fantasía del servidor honesto y fiel.
Tan intrépidos como inoportunos, los litúrgicos tonos del despertador no irrumpieron lo suficiente entre las cavidades auditivas de Juan como para levantar su sueño por encima de sus pies. No se le podía pedir menos, eran las 12 del medio día y había terminado su jornada de tragos a las 7 a.m. Se había despertado tirado sobre el piso de la sala, sin recordar la manera en que había llegado. Llevaba así casi dos años, dormía poco, bebía, apostaba y lloraba en exceso, ¿Hasta cuándo? Hasta coronar, hasta morir o hasta caer.

Su realidad se sumergía cada vez más entre sus idealismos y los excesos como un dipolo, asemejándose a la mezcla del dulce y la sal, el tono desabrido de un atardecer sin color, un dulce sin glucosa o un beso sin el agite de la respiración improvisada. Podían sonar un millón de alarmas pero solo lo pondría de pie el susurro de las voces internas descoordinadas, con sermones tan hirientes como reales, sermones colmados de reproches y sátiras. ¿Por qué no te despiertas? ¿Por qué no eres fiel? ¿Por qué aquí, por qué acá? Hoy se apagaron, cesaron el sermón, solo escuchaba los diálogos a través de cánticos, cantar de cantantes, luminiscentes sonidos que se cruzaban surcando el vasto universo para sorprender el paladar del tímpano. Y

ahí estaba él, cuestionándose continuamente ¿Por qué no culminé mi carrera? ¿Por qué no salvé al flaco? ¿Por qué ella se fue de mí?
Consciente del brillo de los rayos del sol que sobrepasaban los espacios en blanco de la vieja cortina; Juan se desplazó torpemente por la habitación, tropezando y recapitulando la antesala de su caída. La sensación que produce el sabor agrio sobre el dulce se interpuso sobre el sentimiento que más allá de la verdad era el testimonio de una crónica de una muerte no anunciada, un matrimonio sin cortejo o una sentencia sin un juicio previo. Juan se levantaba con amenazas apiladas y un anuncio irremediable: "Estás en la lista negra" "Cuídate, Juan, por favor". Las personas se turnaban para brindarle información, lo querían, le apreciaban y lo entendían, más de lo que la misma ley había accedido. Pese a los anuncios de malas nuevas, Juan continuaba recorriendo las calles, tal como las mariposas blancas en época de lluvia se paseaban por todo el centro de las carreteras repletas de conductores imprudentes sin importarles quedar talladas entre los parabrisas de los vehículos que pasaban como "alma que lleva el diablo". Juan andaba en los mismos bares y frecuentaba los mismos callejones y pasadizos en los que se acurrucaba escondido entre los matorrales para aplicarse los "plones" de marihuana para relajarse y los pases para tomar valor, justo después de la oración al Justo Juez, la oración de "Los bandidos". Era un ritual sagrado que le purgaba de cualquier temor, las clemencias que evocaba eran una última opción, los últimos cartuchos que quemaba siempre que la paranoia se apoderaba de su ser, él, un hombre de ciencia reducido a un querubín creyente y pasional, él, que no hallaba la lógica dentro del fanatismo de la necesidad de policías disfrazados de idiosincrasias sin argumento histórico o científico, por el temor de no retratar sus inseguridades, complejos y errores, "el que peca y reza empata", eso era, era ese miedo a la muerte mezclado con la incertidumbre de la verdad del más allá y el flagelo del ahora acá, acá donde duele extrañar y el hambre tergiversa la moral.

Nota 5/10/2023

Soñé demasiado con que esas voces se apagaran, que se esfumaran por el rigor de las corrientes de viento, cargadas de tanto como de nada, huracanes de residuos obsoletos, desechos del ayer y paradójicamente parte del futuro, de un futuro por descubrir, de una vida por recordar, de paisajes dignos de retratar. Sueños, al fin de cuentas sueños, ilusiones atrapadas entre la complejidad de los suburbios, el tráfico y sus particularidades. No fue más que eso, fue un sueño, porque al despertar, la incesante incertidumbre se apoderaba de cada segundo de mi existencia, las acusaciones de un subconsciente inconforme se abalanzaron sobre la falta de coraje de un ego cobarde y susceptible; temible ante la supremacía de la ira, pero sumiso de los clamores del deseo manifiesto de la carne.
Debo admitir que prefiero mil veces aquella época cuando el amor sabía a chocolates y se vestía de girasoles, cuando la comida era para llevar y la propina se dejaba sobre la mesa, cuando la mesa era para dos y no para tres, cuando los besos callaban lo que los silencios gritaban, cuando las charlas eran con alevosía y premeditación porque junto con la pelirroja nos conectábamos tan rápido como la velocidad de la luz. Destellos de pensamientos nacientes entre reacciones químicas con movimientos tan repentinos y placenteros como adictivos, y sí; debo admitir que prefiero mil veces cuando ella era mi única adicción, cuando al inicio y al cierre del alba, su rostro en mi cama iluminaba mis noches compartiendo cobijas

y almohadas, con las piernas entrecruzadas, entre intensas charlas sobre el sentido de la vida. Ante un juez asumo que soy culpable de seguir enamorado de un cadáver, y que prefiero llevar su aroma putrefacto sobre mí, que soltar lo único que me queda de cuando fui feliz.
No es descabellado comparar la voluntad humana con el viaje suicida de aquellas pequeñas mariposas blancas y amarillas, pequeñas mensajeras de desgracias en el trayecto de la vida no solo de Juan, sino del resto de quienes en la presente son suscitados: Victoria y José (padre y madre fallecidos), Angie (hermana fallecida) etc.. Las luchas internas con las conductas y manías nocivas, actúan en nuestras decisiones, como las autodestructivas mariposas que vuelan por instinto prefiriendo las carreteras y los parabrisas, que los seguros pastos dónde caerán y cumplirán el presagio funesto: “Las mariposas como el cambio sin sacrificios y fé, no pueden vivir más de lo que sueñan volar”. Ningún campo santo debería apartarse o adornarse solemnemente para resguardar los restos de aquellos hedonistas; pues la gloria y la dignidad son para quienes lo abandonaron todo, no apreciándose por quienes les observa en su trayecto, sino explorando su propia belleza y talentos, asumiendo el valor de su propia existencia no por las retinas que le enfocan a su alrededor y la falsa aceptación, sino por la verdad de nuestros demonios internos y virtudes, la búsqueda de la dignidad, la felicidad y el Amor.

En su niñez subía a la cancha del barrio, adornada de gradas a lado y lado, con adolescentes descriteriados que impregnaban el aire con un rústico aroma a marihuana, resguardados por un mediocre cerco que no superaba los pelotazos que se alzaban por encima de la malla y terminaban en la avenida o en el patio de una anciana amargada que frente a la mirada impotente de los niños, pinchaba sus pelotas, solo porque odiaba que quebraran su tejado cada que Juan y sus contrincantes jugaban microfútbol apasionadamente. ¡Se perdió!. -Toca gritarle a la señora. -Esa vieja sorda no escucha. -Dígale al ratón. -Ese marica no está, está la vieja. -Allá no entro dijo Johan. ¡Maricas, no lo voy a perder!. 10 puntazos provocados por meterse entre la singla y un golpe estruendoso después; y Johan y Santiago tuvieron que servir de abogados sin gracia ni fundamentos, simples rescatistas sin el mínimo conocimiento; Pero con la convicción de rescatar a su líder. -Ratón, yo no iba sino por el balón. -¿Y porqué no llamó?. -Su mamá siempre dice que no, dijo Johan con vehemencia, ella siempre nos daña los balones. -¿Y eso les da derecho a ingresar como ladrones por encima del muro de singla? ¡Casi se descalabra pelado!. -Lo vale por jugar el fútbol- Replicó Juan eufórico, mientras Johan se preparaba por si Ratón arremetía en su contra y Santiago escondido detrás de ellos, acentuaba con movimientos de aprobación , mentón hacia arriba y hacia abajo; aunque si por él hubiera sido, habría optado por lloriquear a su adinerado padre, para tener un balón nuevo y evitar la vergüenza. Santiago callaba ante sus amigos mientras sus conversaciones internas sometían su coraje y le confundían, no era igual, solo no sabía decir que no; pero el olor a barrio le parecía una experiencia excitante, aparte que aunque testarudos; Johan y Juan le transmitían una déspota seguridad, incluso frente a la flagrante muerte. Aunque sus impulsos terminaran en contiendas en las canchas del barrio del colegio o donde se rodara una pelota y los arcos, delimitados por firmes piedras o pedazos de escombro, observaban en silencio la habilidad de su defensa y los enfrentamientos absurdos que arruinaban el evento. Muchas veces tuvo que estrenar camisas y tabletas de antiinflamatorio por apoyar a los suyos en sus rivalidades espontáneas, era su manada, no era

un lacayo o un simple secuaz; por eso, cuando se mencionaba en su barrio de adinerados que los “Street Legends” habían protagonizado disputas por pleitos infantiles pasados de copas o porque jugaban al balón por sin un céntimo en los bolsillos “a la fija”; sentía aires de superioridad y el pecho inflado, orgulloso como medallista olímpico. Era su combo del cual conversaban, con los de su barrio poco coincidía, más que en los encuentros clandestinos en las reuniones familiares de sus padres, quienes coincidían en gustos y negocios. Con Johan y Juan no necesitaba hablar de sus viajes o el precio de sus prendas, o presumir sobre la fortuna de unos padres ausentes que poco concurrían, desconocidos.

Ahora era él quien se estampaba bajo la capa de humo circundante por entre los arbustos detrás de la estatua de una virgen cuyo yeso se desmoronaba con el respiro de cada hoja que caía por el soplido de las ráfagas de viento características de las épocas de fin de año, la estatua que poco a poco mudaba sus vividos colores eclesiásticos a un gris desteñido, como si perdiera su felicidad; cubría a la cuadrilla de consumidores que se daban cita acudiendo a señales de humo que exudan e impregnan en el aire cada que les apuraba el “amure”, aunque también se escribían: -Quibo ¿Lo va a pegar?. -Ahí tengo algo ¿Tiene cueros?. -Si, caiga a la virgen. Hasta con la mirada se invocaban, a veces para quemar como hogueras en pasto seco y otras para ayudarse mutuamente en la exhaustiva búsqueda de residuos de cigarros de cannabis ante la falta de dinero para mercar, una labor exhaustiva pero apremiante: el paseo era de un lado a otro, escarbaban como topos en sus madrigueras, sin apartarse del centro de reuniones o de los caminos que rodeaban el arbolístico parque del pequeño barrio donde dejaban pequeñas ofrendas entre los ramilletes de los pomarrosos o alrededor de los senderos como vigilantes sin descanso, nueva vida, vida para los “amurados”, diezmos voluntarios entre la comunidad consumidora, una costumbre que permanencia para garantizar un ciclo eterno autosustentable.

-¡Casi no llega, eh, ave María!.
-si llora, tranquilo, prendalo más bien.

Reyes prendió el misil que acababan de forjar y aspiró intensamente, un rugido emergió desde el interior de sus garganta, un rugido de un león león sediento al que le precedió una tos que se mantuvo por algunos segundos. Se encontraban en un cambuche improvisado al que le escoltaba una senda cuya forma era responsabilidad de los locos que andaban en las calles y buscaban refugio en las noches. Había una hamaca, dos sillas y un colchón, mierda humana, colillas de cigarro, condones utilizados y sesgos de pipas de bazuco junto con empaques vacíos del mismo diablo hecho polvo. Al cambuche se llegaba atravesando una placa inclinada que sirve de entrada para los habitantes de un conjunto residencial, tenían que vigilar que el celador no se percatara porque sino, llamaría a la policía

Poco a poco Juan fue despertando, como dirían: “ cogió malicia”, entendió que en la calle somos lobos hambrientos, dispuso de toda chispa que sumó valor y la cúpula de deseos que anhelaba de niño se fueron destiñendo entre sí como las ropas viejas después de cada lavada. Salieron del fondo convertidos en ecos coléricos de pensamientos intrusivos con una excesiva desconfianza que le fueron abrumando y poco a poco transformando. ¿Cómo confiar en un

bandido? Mucha calle, pero ¿Quien soporta la tortura y la humillación sin soltar trabalenguas?, ese es el riesgo; Pero ¿El poder? ¿Quién no adora el poder y el respeto? ¡El respeto da poder!.

Se volvió habitual que descendiera en lo profundo de las ciudad que compartía una gran similitud con su pueblo natal, por un lado, que era muy concurrido y por el otro, esa realidad alterna que se esconde cuando las luces de la noche se encienden para iluminar las aceras, aceras como la extensa pasarela que conecta la Avenida séptima y la calle 26, por dónde Juan caminaba con dirección a la taberna donde realiza a sus operaciones noche tras noche, desde hacia un año y medio,donde justamente se encuentra una de las torres más altas de Suramérica, una obra de arte a nivel arquitectónico, universos multiculturales que con la con pedazos de cartón arropando cada cuadra y media seres a la deriva, simbiontes con rostros cadavéricos, desdichados y avaros, antes humanos que no tuvieron más opción u otros por elección, ahora criaturas hambrientas por sobrevivir en medio de las calles de la necrópolis que para algunos es su Nirvana.

Está ambigüedad perspectiva y vivencial, marca una paradoja radical sin solución: “mientras algunos viven en sus mansiones ostentosos y derrochadores, otros buscan sobras entre los arrabales”. Las brechas sociales establecieron tanto la lucha de clases que la consciencia misma se ha modificado y crea una personalidad de acuerdo a sus riquezas y su contexto socioeconómico. En las barrios se pensaba en líneas, balas y anhelos; mientras que la gentrificación se conformaba con el silencio entre la comodidad que la esclavitud les daba. Lomas conformadas por invasiones apiladas entre sí, formando una montaña de casas mal construidas. Selvas donde las oportunidades se visten de hambre y necesidad.

Todos anhelamos subir los cerros sin sentir el ahogo del ascenso, sentir la cima sin el desgaste del subir, al menos a todos a los que siempre les sobró la miseria. Nunca es justificable la maldad pero hay historias que se escriben con tinta indeleble en el corazón de cualquier individuo para todas las vidas. Historias que cambian la ruta del más sabio de los moralistas, que ponen a prueba los discursos y los sistemas métricos. Juan no se salió del renglón, cantaba corridos y bebía vehementemente; juntose con los duros, le juraron oro cuando le dieron mierda, mierda, mierda pasó por su mente cuando se atribuyó la responsabilidad por encima del deber, escudándose tras la sombra de la doble moral.

Las puertas del aquelarre se abren mientras las gentes duermen, ¿Quienes tocan? ¿Quienes entran? acceden aquellos que claman al manifiesto sometimiento por la frivolidad del vicio; mientras los mamíferos duermen en sus trincheras junto a sus crías o en sus manadas; las criaturas nocturnas de la selva de cemento se inmiscuyen febrilmente entre la salvaje supervivencia por los “Bussinees”, las vueltas, el evento etc .. las denominaciones varían de acuerdo al pillo y Juan sabía ya mucho de nomenclatura callejera, andaba con un comboy de “Firmas” de cada rincón del país que por malas mentiras, habían caído al mismo roto en qué él se encontraba. Estando en situación, la rutina era pegarlo, entregar el dinero y cuadrar el encuentro para los próximos días, lo más casual posible; para recoger el siguiente pedido.

Las decisiones que tomó Juan bajo la presión de un pasado que aún cojeando, se las había ingeniado en encontrarle; estaban cobrando factura por primera vez, la justicia humana y el resabio de los falsos socios, apuntaban en conjunto a Juan con sus sucios dedos. Sin embargo, Juan en contra de todos sus verdugos, como su mentor Joe le había enseñado en sus años de universidad: “Al toro por los cachos”; Se había negado a vivir en ese paraíso nihilista del conformismo y las charlas motivacionales. El sacrificio de los suyos y el amor de Liz, tenían que valer la pena, Juan necesitaba completar un dinero para pagar su salida del negocio y perderse entre los suburbios de alguna ciudad lejana o en el campo quizás, abandonar su propia identidad y disfrutar del anonimato.

CAPÍTULO IIII

GULA

Me salió barba de tanto pensarte…

El ardiente brillo de la mañana entró agrestemente para arremeter a Juan de las viejas sábanas que hechas ya cúmulos de motas descoloridas abrigaban su estirado y delgado cuerpo, lleno de cicatrices y recuerdos tallados dentro de lo profundo de la carne; y que sólo hacía un par de horas había caído profundo tras una madrugada tormentosa durante la cual había batallado con el único propósito de cerrar sus ojos y poder por fin dormir.

Juan, afrontaba desde hace meses una depresión crónica tras las muertes repentinas de su madre, padre y hermana a los que nunca apreció ni valoró como la falsa imagen kantiana del hijo y hermano perfecto que lucían orgullosas las familias vecinas. También la fatídica partida de un hermano de otra sangre que durante 24 años lo había acompañado en un sin fin de pilatunas y pasajes llenos de emociones por donde se le viera: desde las fiestas con desenlaces problemáticos, las competencias por esos trofeos con silueta femenina tan apreciados entre los pubertos y los partidos de fútbol hasta el amanecer; todo tenía un tinte de emociones únicas, fieles al sentimiento de dos compadres que sólo vivían como gatos curiosos, tiburones perdidos entre los desiertos de tantos y tantos crueles matices macabros que la vida de estos dos amigos compartieron.

La mañana transcurría y santiago sin previo aviso había llegado al apartamento de Juan, no sin detenerse antes en la panadería en la que atendía una de las muchas musas que en su momento más lujurioso, había alimentado la mente artística y el deseo sexual de un romántico pero tosco y apasionado, como lo era Juan. Sin embargo, y como casi siempre sucedía, los temores internos reflejados en la falta de empatía y el desapego que caracterizaba a Juan; la había alejado hacia los brazos de Santiago que terminaría siendo el confidente y amante de la linda chica de los ojos color café intenso y el coraje de cien hombres.

Pese a que había hecho todo tal cual lo hacía todos los viernes en los que rutinariamente visitaba a Juan, desde que él había decidido atrincherarse en el apartamento número 202 de la av Cali con Américas que ya lucía como un mausoleo, y en el que había decidido morir mientras vivía entre las náuseas que le provocaba existir sin su dupla ideal. En esta ocasión la linda musa del local esquinero más grande de la cuadra, hoy había decidido extinguirse y Santiago solo lo supo hasta que los gestos envejecidos de doña María, la dueña del chuzo, le confirmaron lo que hacía unos minutos el sonido de sus palabras le intentaban hacer entender:

-Mijo, esa muergana me dejó el trabajo tirado.

- Desde cuando. Preguntó Santiago.

-El sábado pasado, yo pensé que usted sabía, si la ve le dice por favor que me traiga mis uniformes y que recoja el saldo del sueldo que le queda.

-Entiendo señora María. Respondió Santiago.

Santiago digería el impacto de la información que le había suministrado el saco de arrugas que nunca le había agradado y que como persona carecía de humanidad para ser jefe o recoger heces. Entretanto agradecía que jamás la tendría que volver a ver, pero la linda chica, la que le cantaba Amapolas y le encantaban los girasoles, a ella si la extrañaría. Recordó de inmediato cómo fue que con Juan habían un día acordado que Liz no los separaría, como si eso dependiera de ellos y sin contar con el consentimiento de ella; el pacto se selló entre cervezas y cigarros y santiago comenzaría una campaña de desprestigio y enamoramiento con la aprobación de Juan, para ganarse el corazón y la atención de Liz.

-Toc toc.

-No hay nadie. Dijo Juan desde el interior del apartamento y sin abrir la puerta.

-¿Siempre tenemos que hacer lo mismo?. Preguntó Santiago.

-Ya te dije que quiero estar solo, dime lo que tengas que decir y vete. Respondió Juan.

-Vaya terco que eres. Balbuceó Santiago.

Un suspiro renegado y un exhalar abrupto antecedieron el irritante sonido de la manijera de la vieja puerta del recinto de Juan. Santiago dibujó una sonrisa en su rostro de inmediato; aunque la figura que posaba entre la puerta y el pasillo del piso número 12, para nada tenía el aspecto del vigoroso, amable y buen mozo que solía ser Juan; sino más bien, el molde putrefacto de un huésped maldito cuyos ojos cristalinos e hinchados, hablaban por sí solos de la desesperación y la melancolía de su alma ya muerta y que consumía cada día su carne aún viva.

Sin ningún gesto de cortesía y sin mediar palabra alguna; Juan se dirigió hacia su escritorio, prendió un cigarrillo y comenzó a observar el horizonte donde relucían las majestuosas colinas que rodeaban la bella ciudad de las siniestras y tristes historias que pudo contarnos con tal detalle y nostalgia, cada que pudo en sus libros el Negro Mendoza.

Hasta en los gustos literarios Juan y Santiago coincidían, a diferencia de su amigo difunto que ya era cautivo del reino de las almas. Jhoan, por otro lado; dejaba que el mundo le contara las historias a sangre viva, no planeaba un futuro; más bien, vivía en exceso el presente. Todos los días estaban adornados por los románticos y desastrosos pasos entorpecidos del pregonero

del pueblo y al lado siempre esos dos que contaban con orgullo en cada tertulia entre polas u otras veces uno que otro porrito; cada una de las hazañas y los “casi” en que pudo despedirse del mundo mucho antes que cuando lo tomó por sorpresa camino a su trabajo una bestia inhumana que podría arrollar a su propia madre, solo por ir a visitar a las putas que frecuentaba o a ser un cerdo entre los morbosos y los ebrios degenerados.

Santiago ingresó a la residencia y cerró la puerta con cuidado; ya que a plena vista se veía que en la entrada principal no había una puerta, sino un moribundo celador pintado de café descolorido y a punto de desgonzarse por el cansancio y la vejez; por eso, había que ser sutil al entrar o al salir.

-Veo que aún tienes el libro que te regaló en el colegio. Dijo santiago mientras manoseaba la carátula del cuadernillo.

-No me lo obsequió, se lo robé… respondió Juan.

-De todos modos él no acostumbraba leer, ¿te acuerdas que nos ponía a leerle las cartas de amor que las admiradoras de los grados más inferiores le enviaban o le tiraban por la ventana del salón o de la sala de castigo?. Preguntó Santiago mientras se ubicaba al costado derecho enfrente del ventanal junto a Juan.

-Si lo recuerdo. Dijo Juan mientras le pasaba el cigarro a medio consumir..

-Pero no teníamos muchas cosas en común, no entiendo cómo terminé siendo tan alcahueta de ese renegado. Agregó Juan.

-¡Sus padres!. Exclamó fuerte Santiago.

-¿Cómo dijiste?.

-Sí, tus padres y sus padres. También lo conocía; aunque yo lo acompañaba siempre, injustamente Jhoan y tú solían compartir más que con sus mismas almas y eso que siempre traté de ser el primero. Tú y yo sabemos que Jhoan no vivía jugando de casa en casa sólo porque fuera un confianzudo o un vago como nos decían por estar hasta tardes horas de la madrugada jugando patipelados. Dijo Santiago con un tono de tristeza que agudizaba su voz e inundaba sus verdes ojos.

-Pan, salchichón y soda…
-Pan, salchichón y sod… Balbuceó al tiempo Juan.

-Te acordaste ¿cierto? él te quería más que a mí, y eso que no se veían mucho. ¿Sabes?

-¿Qué?.Respondió Juan.

Para una ocasión, habías desaparecido por un largo tiempo y él estuvo preguntando por ti cada día que pasó; sinceramente me daba igual, ni siquiera había notado que no estabas porque nunca estabas. Pero para él, fue necesario hacer la misma pregunta por todos los días en los que estuviste ausente.

-Tenía muchas cosas en ese moment….

Mira Juan, no tienes nada que explicarme; déjame terminar. Interrumpió Santiago.

Entiendo, continúa. Respondió Juan.

-Te recordaba Juan, siempre te mantuvo presente; él nos hizo amar tu desaferrada pero sincera manera de querer, al punto que mira, ya me se tus mañas, y ahora soy yo el que está junto a ti, puedes alejarte o decidir cumplir las promesas del "Acuerdo Sagrado". Exclamó Santiago a su vez que miraba a Juan en busca de un contacto fijo con su mirada.

Un silencio perpetuo invadió la atmósfera del lugar y Juan solo miraba a lo lejos a través de la gran ventana, con un nudo en su garganta que no le permitía replicar nada, quizás por qué en el interior sabía que era verdad, aunque fuera amarga e insípida, era la verdad. Siempre fue la ausencia la que traía a lugar la imagen de Juan, en las cenas navideñas donde no estuvo, en la última parranda con Jhoan a la que no asistió o el lamentable día en que su hermana Angie, la linda flor del jardín del barrio más pobre y que había conseguido ser la estilista con más renombre en el pueblo; agonizó agónicamente durante horas totalmente sola esperando en vano a que llegara su "Juanito" y la acompañara, recibiendo el milagro de la vida después de la muerte, no sin antes conocer todo el dolor posible que se pudiera sentir como un mensaje de advertencia directo de parte del universo para que lo pensara dos veces en regresar a este mundo en otro cuerpo. Para Juan, no era para menos los reproches y la culpa, pues debido a sus desalineadas decisiones de vida, no pudo acompañar ni siquiera a los suyos el día en que enterraron a Victoria y José, sus padres; después de haber sido borrados de la faz de esta tierra por un aparatoso choque entre el bus en que se dirigían hacia la ciudad de Bogotá y otro de la competencia que conducía un bastardo que decidió que la vida de 23 personas, valían una ofensa infantil entre dos cretinos que acostumbraban robarse los pasajeros entre sí.

Santiago, en un afán de animar a Juan, sacó de su abrigo el ejemplar del día del diario preferido de su amigo y tal como acostumbraban cada vez que lo visitaba, comenzó a conversar acerca de las publicaciones del antiguo periódico regional que hoy resaltaba las primicias y noticias más controversiales en temas de política, economía y farándula. Juan y Santiago preferían la sección de política y economía. Era el único único medio de comunicación que no incurría en un amarillismo excesivo, el enfoque era neutral y los datos precisos, sin maquillaje; aparte, no alimentaba esa sensación de miedo y temor constante con la que controlan nuestra sociedad. Quizás por eso, era que no gozaba de tanto reconocimiento, porque no lo leían los extremistas, no se podía ser apasionados o fundamentalistas y ser un fiel lector del "Regional".

Juan y Santiago, se habían vuelto seguidores del periódico independiente cuando en sus épocas de universidad ondeaban banderas revolucionarias, desgarraron sus gargantas de tanto gritar eufóricos arengas y tragar gases lacrimógenos y corrían despavoridos entre los callejones huyendo de los sádicos oficiales que habían tomado de moda cesar las protestas asesinando a los manifestantes rebeldes; en un gobierno de extrema derecha que duró casi 40 años y cuyo lema era "La letra con Sangre entra porque entra". Aunque Santiago desertaría repentinamente en el séptimo semestre de la carrera de Administración Pública que estaba estudiando junto a Juan, en el Instituto Nacional de Ciencias Administrativas y retornaría a su seno familiar para asumir la presidencia de la reconocida constructora de la que era dueño su Padre: "Don David"; mientras estuvo en el "Alma Mater" tuvo demasiada interacción con grupos liberales, que se desarrollarían luego, como células de guerrillas comunistas que se esparcieron durante los años 90 por las principales instituciones de educación superior de todo el país.

Los consejos estudiantiles de las universidades estuvieron llenos de estudiantes como Juan y Santiago, y docentes vociferantes que exigían mejoras inmediatas que dignificaran el conocimiento y las Instituciones desde el interior de las mismas; que simultáneamente, también gritaban en silencio las historias casi increíbles que nadie podía saber, protagonizadas por amores clandestinos, vendedores de vicio, pre pagos, depredadores sexuales etc.. historias que Juan vivió, mientras Santiago asumía su rol de líder para que don David enfrentara el diagnóstico de su médico: "Cáncer de hígado". Por este motivo, Santiago se había separado de Juan, quién vivió hasta la última consecuencia de sus luchas, hasta que entendió que todo aquello que pueda cambiar el mundo, todo lo que solucione el hambre, las guerras, la pederasta, la pedofilia, las crisis económicas etc.. Todo eso en lo que los locos como ellos creían, eran luchas sin sentido, ideas de benevolencia y bondad ahogadas por las porfiadas aguas de la codicia, el deseo y la maldad. Fue devastador para Juan entender que perdió amores, familiares, amigos y tiempo; defendiendo un cambio que ni siquiera en las películas es conveniente retratar por qué la tragicomedia es lo que da sentido a los relatos, plasmar los 5 minutos de felicidad y los 10 años de horror y padecimiento; eso es verdadero cine.

La charla continuó con normalidad; es decir, Santiago defendiendo sus puntos neutrales y objetivos de las reformas necesarias que grupos económicos de élite desprestigian por intereses personales; y Juan, evocando a Mars y Lutero, para justificar su odio natural hacía el podio exclusivo que ocupan las altas esferas de la sociedad; y a Chiavenato, para proponer un nuevo sistema laboral basado en el aprovechamiento de los talentos y la motivación a través de la pasión y no de la necesidad. Ambos, siendo dos elocuentes oradores, se sintieron tan cómodos citando ideas y exponiendo sus críticas; que olvidaron que el tiempo es celoso y vuela cuando vivimos días de diluvios de serotonina y dopamina. Santiago había llegado sobre la una de la tarde y ya iban a ser las cinco; sin embargo, solo revisó su reloj hasta que vío a los lejos el peculiar tono del atardecer de la hermosa ciudad y el reflejo sobre la torre Colpatria del último rayo de luz de la tarde que ya fallecía.

La ciudad procedía a descansar y cómo era común la temperatura bajaba considerablemente cómo mecanismo de protección en contra de los irreverentes que vagan desorientados entre los suburbios y los marginados callejones; así que Santiago abrochó bien su abrigo y se dirigió hacia la salida del apartamento, volteó y comentó:

-Fui a la panadería y doña María me dijo que Liz llevaba dos semanas sin ir, dice que nunca regresó ni respondió los mensajes, ni siquiera ha ido por la paga pendiente ¿sabes algo de ella? Estoy preocupado.

-Hasta donde sé era tu novia. Respondió Juan, algo apático y con poco interés. Y agregó:

-Lo siento, pero en serio no se nada de ella, ve a su departamento; quizás haya conseguido un mejor empleo.

-Bueno, si sabes algo de ella, me avisas; gracias por recibirme.

-Cierra antes de salir.

-Pam. Cantó la vieja puerta mientras Santiago la cerraba y un chillido tedioso cesó con la inesperada visita.

Ebrio de orgullo y soledad, sumiso de sus rencores y culpas, sin sus mejores amigos, su familia y con un mal presentimiento por la desaparición repentina de Liz; no cerró las ventanas esperando la visita de las mariposas blancas, las mismas que lo visitaron cuando le habían avisado por llamada sobre la trágica muerte de su hermana y luego la de sus padres, o como cuando Jhoan fue despedazado en aquel terrible siniestro vial en qué falleció. Angie, que lo había llamado días antes para conversar con él, adelantar cuaderno y planear un almuerzo para compartir la alegría que la invadía por la noticia de ser mamá; Johan, que le pidió durante el fallecimiento de la noche, en el transcurrir de la madrugada en ese inesperado y último encuentro tras haberlos dejado plantados en la cantina a él y a sus amigos; que no dejará de luchar por sus sueños y que suprimiera ese rencor que subyace por encima del sudor de su carne cuando la emoción le gana a la razón. Y por último, sus dos padres, que se dirigían hacía Bogotá para visitarlo y darle el tan apreciado beso y la anhelada palmada del orgullo, mirarle a los ojos y decirle: “Mijo, estamos orgullosos”. Sus padres, que con sus últimas fuerzas llamaron a Juan sin encontrar respuesta; mientras las llamas consumían los restos del autobús, atosigados de humo y de fondo el aterrorizante canto en coro de los sobrevivientes heridos y otros amputados. ¿Dónde estabas Juan? ¿Porqué no les respondiste? ¿Dónde carajos estabas Juan?.

Nadie sabe la sed con la que vive el otro, casi siempre ponemos nuestras dificultades y problemas por encima de la de los demás, ignorando que afuera hay un mundo con millones de universos distintos riendo, sufriendo, gozando, atrapados en sus fortalezas de la soledad, sobre pensando cada paso, arruinando su paz y la de sus semejantes. La absurda tendencia a pensar que el universo gira entorno a cada uno, colma las calles de bribones con rostros

aburridos y furiosos, que entre pasos acelerados y empujones sin sentido en el transporte público, y conciertos de pitos y madrazos entre el tráfico; olvidan su humanidad.

El viento cada vez soplaba con mayor intensidad, el ocaso se cerraba tras una función de luces que había pintado las nubes, guardianes de los cielos; de colores como si fuera un carnaval. Juan posaba pensativo, melancólico con el porro encendido y a la espera de ser consumidos, medio paquete de cigarrillos Mustang; junto con un tinto y un guaro. Con las ñatas pintadas de una blanca resina pensaba en todo y en todos, en su amada, sus amigos, su familia, en cómo carajos continuaría. ¿Busco algún empleo o espero afable el destino que mis enemigos dicten mi sentencia? ¿Me quedo en la ciudad o me mudo al campo? ¿Y Santiago? ¿Y Liz? ¿Dónde está Liz? ¿Voy a buscarla?¿Será que está muerta?. Si así es, buscaré venganza, esto no se queda así. Hijos de puta violadores y feminicidas, hijo de puta el que dañe a una noble y hermosa mujer como Liz. Hijo de puta tu, cobarde de mierda ¿Que te costaba trabajar? ¿Crees que vendiendo vicio ibas a salir de la mierda en qué te criaste de la noche a la mañana? ¿Y Reyes? ¿Dónde quedó la banda? El Negro, Occoner, Sebastián, todos como canarios cautivos, enjaulados y silbando más de lo debido, salpicando de mierda a todos y peor aún, con los bolsillos más vacíos que sus corazones; la ironía habla por si sola; en Eso eres y serás, pero con ella eras diferente y la perdiste, y perdiste todo y a todos, ¡Todos!. Ni siquiera tienes una carrera. ¡Basta ya! Ella no puede estar muerta. Quizás se habrá ido con algún suertudo que le ofreció algo mejor, Quizás huyó de tanta presión, es valiente y rebelde, quizás, ojalá. Llenó su boca de humo y expulsó con agresividad, el corazón latía como si estuviera trotando a 100 kilómetros por hora, hidrataba su garganta reseca y llena de flemas cada 5 minutos con aguardiente, porque el difunto del tinto yacía enterrado en el fondo del vaso al lado de la botella. Sus ojos vencidos ya por el sueño, enfocaban y desenfocaban en un ir y venir; mientras las lágrimas se escurrían solas por su rostro, algunas le notaban tan solo y borracho, que se quedaban en su barba para escuchar sus lamentos y acompañarlo; otras simplemente seguían su camino, con un gesto repulsivo, queriendo huir de ese fatídico ser.

Así continuó hasta la media noche, antes de ser vencido por la creativa mezcolanza de psicoactivos que había consumido, antes de haberse derrumbado sobre el piso bruscamente sin haber cerrado la ventana. ¡Mierda, la ventana! Hubiera dicho Juan hace unos años, cuando le importaba que las pobres se fueran a quebrar por el agite violento de las ráfagas de viento, cuando se estremecen por las tormentas que se avecinan o por el presagio de las malas noticias.

El cielo nublado, iracundo, a punto de desatarse con total furia y vehemencia, sobre los arrogantes rascacielos y los suburbios amontonados, no se percibía en el viento más que frio y el sonido de los truenos que retumbaban desde los cielos. Y Justo ahí, cruzó en medio de los ventanales abiertos de par en par que chocaban contra la fachada exterior del departamento; una mariposa blanca, que desafiando la hostilidad del clima, con su aleteo moribundo se desplomaba justo en frente de la foto de Liz, informando con su último aliento que era su último mensaje.

Parafraseando al Ruiseñor Cabral, tenemos que aprender a ser como el agua. Que es humilde y generosa con cualquiera y toma la forma de todo aquello que le abrigue

MI APOLOGÍA

Mi contradicción comienza antes de conocerla, porque la conocía y me conocía sin cruzar antes alguna palabra. Nunca nos imaginamos las coincidencias como algo que el destino pueda premeditar con tanto detalle, como el organismo que se alimenta solo, se reproduce solo y se autoaniquila. ¿Cuántas veces estuvimos a metros sin siquiera detectarnos? ¿Cuántas veces estuvimos tan cerca como la tinta al papel? ¿Cuándo dejaré de verla en la calle? Puedo decirles que sí la amé, y eso que no fui el fiel príncipe azul; enumeraba los segundos que a su lado pasaba porque cada instante era una proeza y temía que se esfumara de repente. Quizás eso sentían los cavernícolas cuando prendían fuego: buscaban cubrir la llama con sus manos, así les quemara, solo para que no se extinguiera. Cuando vi sus ojos en esa panadería, sentí que éramos del mismo material: dos pedazos de la taza preferida de algún cristiano que alguien más quebró con intención. Algo en ella me había despertado la seguridad de que me aventuraría a conquistarle con éxito; era hombre de comenzar a escalar montañas gigantes y dejarlas a medias.

Como el cerdo en el matadero, fui criado para engordar tragando la lavaza que todos tiraban, y cuando eso pasa, no hay tiempo de ver si es un marmolado corte de Kobe o un pedazo de estiércol. Por cosas del destino, uno de los cerdos escapó del corral y pegó su hocico al vidrio brillante que resguardaba a lo lejos un fino pastel de tres leches de Burdeos: su panadería preferida. Por cosas del destino, el cerdo se enamoró de la bailarina que posaba en el centro, en todo lo alto del pastel. ¿Esos amores duran? Puedes ponerle corbata a un cerdo, pero nunca pegar dos piezas de cerámica con saliva.

Después de haberme presentado en su casa, comenzamos a narrarnos nuestras vidas y pensamientos más vergonzosos —al menos ella lo intentaba—. En una de esas primeras conversaciones habíamos concluido con cierto espanto que debíamos conocernos ese preciso día; yo no comía pan con regularidad y, según nuestro análisis preliminar, ya había una carretera bien construida de sucesos para nuestro arribo.
Se siente raro cuando pensamos en que todos a los que amamos son extraños que conocemos para olvidar o extrañar de por vida. Tal vez por eso desde un principio no fui consciente de que debía irse y la estrujé con mi hambre de atragantarme de su amor.

¿A qué o a quién sirvo? Escribo estos diarios como un fundamento para estos observadores que según dicen: “serían incapaces de hincarse o cruzar la calle para avisar o auxiliar a uno de estos lepidópteros que camino poder tomar para aumentar su tiempo de vida y poder alimentarse de más amaneceres y viajes”. ¿Qué me espera siendo un peón? Perdí todo, la perdí a ella, perdí mi rumbo. Me entristece saber que tuve la opción de laburar como cualquier plebeyo, Pero elegí la fiesta, las carnes a flor de piel, el zumbido de las luces y la lujuria del vicio. No servía porque si, en la labor de aquella distopía nocturna aprendí a identificar todo tipo de hipocresía moral, hubiera anhelado aprender con tanta facilidad las leyes de la termodinámica como traduje a mi entendimiento las leyes de la calle acompañado de la luna como testigo y confidente, cuando en medio de la ebriedad analizaba todos los

sucesos de la noche y como un tributano contaba la colecta de los cristianos amantes de la resina. Desde la ventana de los cuartos que dan a las calles perfectamente adornadas de edificio, y aromatizadas por el dulce aroma del “Caballero de la noche”, no se distingue el fétido olor de la realidad en la ciudad de los pecados. Hincado y sin esperanza alguna reflexionaba en ocasiones con orgullo que sin ser maquinista había marcado nuevas rutas y adiestrado con estrategias a conductores que por mérito habían andado por más caminos y habían coronado más de 100 vagones; en otras veladas atormentado por el remordimiento con quién hice y deshice, cuántos imperativos kantianos había infringido. ¿Acaso vas a juzgar? Porque estaría de más, todo se resume en un afán de saltarse lo aburrido de trabajar, yo mismo abandoné mi dicha, por el afán, ¿Afán de qué? Afán de todo, de no morir sin un peso, afán de coronar e irme, maldito afán, sólo quería salir por la puerta trasera, así al final del arcoiris el duende me negase la recompensa. ¿Afán ? ¿Afán de que? Las letras pasan sin clemencia marcando las hojas, la tinta se desvanece y mi culpa, mi arrepentimiento, se mantiene inerte.

Desde que la corrupta ley y sus colaboradores osaron desterrarme apalancandose cobardemente de amenazas, la calma se me ha borrado, espero la sentencia de los inquisidores y su sirenas me resuenan, me torturan, es un ruido apocalíptico, esos Ángeles malditos montados en sus vengativas bestias ¿por qué me juzgan? Sí él todo al que llaman Dios me dio la libertad, porque no es ultrajado a ninguna dama, ni he robado a ningún buen hombre de la que fuera mi Verona, no insulte a los plebeyos ni renegué del auténtico Dios,el Dios de spinoza no el del papá.